BOLSILIBROS

TERROR

SERIE

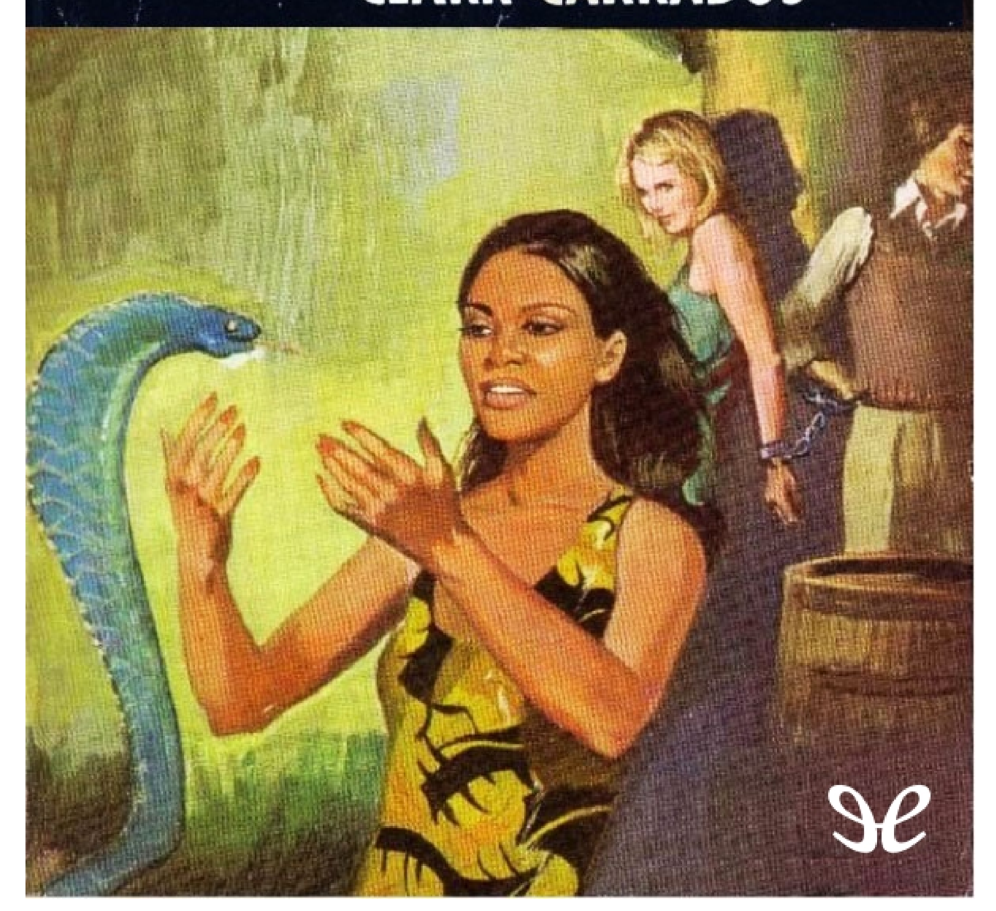
SELECCION TERROR

Selección

# TERROR

# LA MADRE DE LAS SERPIENTES

CLARK CARRADOS



Dayne recordó de inmediato. Wolsey, sí, uno de los miembros de la expedición al desconocido país de los wyambas, allá en el corazón de África, donde todavía, pese a la época, hay regiones en donde el hombre blanco no ha penetrado jamás.

Se decía que la expedición había hecho valiosos hallazgos arqueológicos, aparte, naturalmente, de trabar conocimiento con una tribu desconocida hasta entonces. Pero a Dayne no le preocupaban mucho esta clase de hechos y no había prestado demasiada atención al asunto.

Los guardias del coche desembarcaron y empezaron a poner orden en la acera y en la circulación rodada. Ya habían llamado a una ambulancia.

Antes de irse. Dayne lanzó una mirada al caído. El rostro de Wolsey estaba casi negro. Un estremecimiento de horror sacudió su cuerpo.



Clark Carrados

# La madre de las serpientes

## Bolsilibros: Selección Terror - 100

**ePub r1.0**

**xico_weno** 13.02.16

Título original: *La madre de las serpientes*
Clark Carrados, 1975
Ilustraciones: Jorge Núñez

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

# CAPITULO PRIMERO

El hombre caminaba apaciblemente por la acera de una de las principales calles de Londres. Era un caballero de aspecto distinguido, mediana edad y vestimenta irreprochable, en la que no faltaban, como es de rigor, el sombrero hongo y el paraguas.

El caballero parecía no tener prisas; caminaba como si quisiera disfrutar de uno de esos raros días en Londres, con sol y sin nubes. Miraba a todos, sonreía y parecía inmensamente feliz.

De repente, el caballero se llevó una mano al cuello, en la clásica actitud de luda persona que acaba de sentir un picotazo de insecto.

—¡Maldita sea!

Su expresión de felicidad se había trocado por otra de enojo. Pero no podía haber mosquitos ni avispas en Londres y en el mes de marzo.

El caballero se frotó con fuerza el lugar afectado por el picotazo del insecto. En su cara, el enojo dio paso al dolor.

Horatio Wolsey notó de repente cierta humedad en las yemas de los dedos. Se puso la mano ante los ojos y vio unas manchas rojas.

El dolor que sentía en la herida, un poco por detrás de la oreja y justo a ras del de la camisa, se extendía en quemantes círculos por su cuello. Wolsey sacó un pañuelo y se lo llevó al lugar donde le dolía, cada vez con más intensidad, como si allí tuviese aplicados dos clavitos de hierro y alguien los calentase eléctricamente mediante una corriente eléctrica de mayor potencia cada vez.

Wolsey retiró el pañuelo. Tendría que ir a su médico para ver qué era lo que le había producido aquel singular dolor, que, por fortuna, parecía ceder. Alguna avispa, tal vez desorientada, al perderse de su colmenar en la campiña inglesa… Las manchas de sangre eran apenas perceptibles.

Reanudó la marcha. De pronto, el dolor, lancinante,

insoportable, bajó al corazón. Su cara se deformó en una mueca imposible.

Una mujer, que caminaba frente a él, lanzó un grito de horror. La gente empezó a volver las caras. Wolsey se tambaleó.

Terence (Terry) Dayne oyó también el grito y se volvió. A cuatro o cinco pasos de distancia vio a un hombre cuyo rostro aparecía purpúreo, casi violáceo, con una indescriptible expresión de sufrimiento en sus facciones.

De repente, el hombre se tambaleó y cayó al suelo. Sonaron más gritos.

Atraído por la curiosidad, Dayne se acercó al caído. Ya acudía un policeman, dispuesto a restablecer el orden. Alguien pidió a gritos un médico o una ambulancia.

Se oían comentarios de las más variadas clases. A Dayne, que había visto un Instante el rostro del caído, le pareció persona conocida. Alguien se abrió paso entre los numerosos curiosos que rodeaban a Wolsey.

—Soy médico…

La gente se apartó. El recién llegado se arrodilló junto a Wolsey y con un estetoscopio que llevaba en su maletín de mano, auscultó su pecho. Al cabo de unos momentos, alzó la cabeza y miró al guardia.

—Agente, este hombre ha muerto —declaró, solemne.

El guardia asintió.

—Horrible, doctor —comentó—. Supongo no tendrá inconveniente en prestar declaración.

—Por supuesto.

—¿Paro cardíaco, doctor? —dijo el guardia.

Los ojos del médico se posaron un momento en el lado izquierdo del cuello de Wolsey.

—Es raro —murmuró—. En las calles de Londres no suele haber serpientes venenosas y, sin embargo, este pobre hombre tiene todo el aspecto de haber muerto a consecuencia de la mordedura de uno de esos reptiles.

El policía se estremeció. Ya se oía el campanilleo de uno de los coches de patrulla. De repente, alguien exclamó:

—¡Ese hombre es Wolsey!

Dayne recordó de inmediato. Wolsey, sí, uno de los miembros de

la expedición al desconocido país de los wyambas, allá en el corazón de África, donde todavía, pese a la época, hay regiones en donde el hombre blanco no ha penetrado jamás.

Se decía que la expedición había hecho valiosos hallazgos arqueológicos, aparte, naturalmente, de trabar conocimiento con una tribu desconocida hasta entonces. Pero a Dayne no le preocupaban mucho esta clase de hechos y no había prestado demasiada atención al asunto.

Los guardias del coche desembarcaron y empezaron a poner orden en la acera y en la circulación rodada. Ya habían llamado a una ambulancia.

Antes de irse. Dayne lanzó una mirada al caído. El rostro de Wolsey estaba casi negro. Un estremecimiento de horror sacudió su cuerpo.

Uno de los agentes tapó con una manta el cadáver de Wolsey. Dayne compadeció íntimamente al sujeto, a quien recordaba de haberle visto un par de veces en algún reportaje de televisión. Meneando la cabeza. Dayne se dispuso a continuar su camino.

De repente, vio unos ojos negros ante él.

Los ojos estaban en un rostro blanco como la nieve, de contornos perfectamente ovalados, enmarcado por una abundante cabellera de color de ala de cuervo. Los labios, sin embargo, poseían un vivido color escarlata.

Era una dama de aspecto sumamente distinguido y elegante, casi sofisticado. Dayne calculó su edad en unos treinta y cinco años de espléndida madurez. La indumentaria era terriblemente audaz, pero Dayne se dijo que en aquella mujer parecía natural. Lo más extraño de todo era que usaba bastón.

O quizá era un paraguas de tela y varillaje sumamente finos y, por tanto, muy delgado. El paraguas, en todo caso, tenía una funda que parecía la piel de una serpiente, con escamas verdes y amarillas alternándose casi con regularidad, con algunos puntitos rojos.

Lo más sorprendente de todo era que el puño estaba construido en forma de cabeza de serpiente, triangular, con ojos de pupilas escarlatas. Pero la aprensión que podía despertar el paraguas —o bastón—, quedaba desvanecida en el acto al contemplar la cara y la figura de la mujer.

Ella le dirigió una cálida sonrisa. De pronto, un lujoso automóvil

negro se detuvo junto a la acera. El chófer se apeó, se quitó la gorra y abrió la portezuela.

La dama se acercó al coche. Entonces sonó una voz femenina:

—¡Dinorah. Dinorah! ¡Aguarda un instante!

Una joven corrió hacia el automóvil. Dayne pensó que sus sorpresas no habían terminado aquel día. La muchacha, altísima, quizá un metro y ochenta centímetros, era de color, no absolutamente negra, aunque sí de piel muy oscura. Sus facciones, sin embargo, poseían una gran regularidad y un extraño atractivo. Bajo las ropas de vivos colores que vestía, no demasiado abundantes en tejido, se adivinaba un cuerpo escultural, con la gracia de una gacela y la agilidad de una pantera.

La dama del bastón con cabeza de serpiente se había vuelto al oír la voz de la joven y sonrió.

—¡Nydya! —exclamó.

—¿Puedo ir contigo? —solicitó la muchacha de color.

—Claro. Entra, querida.

Las dos mujeres pasaron al interior del coche. El conductor, impasible, cerró la puerta y se dirigió hacia su asiento. Dayne captó en su mirada una expresión de desconsuelo.

Los ojos del chófer y de Dayne se encontraron. El primero parecía querer decir: «Cuando una dama inglesa admite en su coche a una negra, el Imperio británico es que ya no es ni siquiera lo que era antes».

Dayne sonrió al captar los racistas pensamientos del chófer. Luego, diciéndose que había perdido ya demasiado tiempo, reanudó la marcha.

* * *

Detrás de su puro a medio consumir, Mike Sharron emitió un gruñido:

—Terry, tienes Que hacerlo. Nadie mejor que tú; eres el mejor hombre de la agencia. Y Evan Evans es también nuestro mejor cliente. Sospecha que su mujer le engaña. Sin embargo, no ha podido demostrarlo hasta ahora.

—Y le interesa, para conseguir que la demanda se falle a su favor.

—Exactamente. Percy Marstone ha conseguido saber que Linda

Evans acude una vez por semana a la consulta de una vidente, llamada *madame* Trellax. Evans sospecha que su mujer va a esa consulta, no para conocer el horóscopo de la semana, sino para encontrarse con su fulano. Naturalmente, sostiene la teoría de que *madame* Trellax es la celestina de la pareja.

—Voy entendiendo. Yo tengo que ir allí…

—Haz lo que quieras, con tal de que no metas a la agencia en un lío. Has sido «poli» y sabes mejor que nadie las complicaciones en que podríamos vernos si metieses la pata. Pero si conseguimos probar que Linda Evans es infiel a su esposo, la agencia recibirá un premio de mil libras, de las que a ti te corresponderá la cuarta parte, además de los honorarios correspondientes.

—No conozco a *madame* Trellax —dijo Dayne—. ¿Qué sabe usted de ella?

Sharron consultó unos papeles que tenía sobre la mesa.

—La Trellax vive en Pentonville Road, a muy poca distancia de King's

Cross. Lo anuncia en la puerta de su casa: VIDENTE. Pero no la conozco en persona, dado que no la he visto jamás, aparte de que sé tiene una clientela más escogida que numerosa.

—Lo que significa altos honorarios e ingresos muy elevados.

—Figúrate. Por eso me extraña que Linda Evans vaya a encontrarse allí con su amante. Pero cosas más raras han sucedido en este mundo y, de todos modos, sabiendo que acude a esa consulta una vez por semana, podrás seguirle fácilmente los pasos. No lo olvides, Terry; si triunfas, te esperan doscientas cincuenta libras.

—Está bien, jefe. Oiga, lo que me está proponiendo usted no es muy distinto de lo que hacía en Scotland Yard.

—Con la diferencia de que aquí no tienes que perseguir a maleantes, que acaso te hicieran frente con una navaja o una pistola.

—Sí, en eso tiene usted razón. Jefe, ¿qué hay de los gastos?

Sharron suspiró. Dayne acababa de tocar su punto flaco: el dinero. Pero un investigador privado podía, a veces, hallarse en situaciones que necesitaban una solución que sólo podía hallarse con unos billetes a punto. Dayne sonrió para sus adentros al saber lo que le dolía al corazón a su jefe mientras contaba el dinero.

Cincuenta libras pasaron a su poder.

—Animo, jefe: Evans pagará la factura —dijo, para hacerle poner cara de optimismo.

—De ti depende, Terry —contestó el director de la agencia.

# CAPITULO II

Dayne contempló especulativamente la decente casa en qué vivía la adivinadora, *madame* Trellax. Una mujer muy bien vestida salió y subió al coche que ya la aguardaba, con el chófer junto a la portezuela.

—Clientela de calidad —murmuró.

Llevaba ya varios días apostado y no había visto todavía a Linda Evans, la supuesta adúltera. Para Dayne, a Evans se le hacían los dedos huéspedes. Su esposa tenía suficiente dinero, privado, como para mantener un piso propio en el que entrevistarse con su amante en lugar de hacerlo en la casa de la embaucadora que, pomposamente, se hacía llamar *madame* Trellax.

Un hombre llegó en su automóvil y se apeó frente al edificio. Era de regular estatura, fornido y de cuadrada mandíbula. A Dayne le pareció una cara conocida.

Más tarde, horas después, llegó una mujer. Dayne arqueó las cejas al reconocerla: era la dama del bastón con figura de serpiente.

Y llevaba el bastón consigo.

La dama entró también en la casa. El tipo de anchos hombros había salido hacía rato.

¿Cuál de los dos era el capricho de la señora Evans?

Transcurrieron treinta minutos. El hombre volvió a salir, subió a su coche y se alejó.

Media hora era muy poco para una entrevista amorosa, pensó Dayne. Y dos días más tarde, vio entrar a la señora Evans.

La sospechosa permaneció poco más de veinte minutos en la casa. Aquel día no fue ningún hombre.

Dayne empezó a pensar que las sospechas del señor Evans eran infundadas. Sin embargo, era pronto todavía para convertir su opinión en una afirmación.

Al día siguiente, se decidió a algo más positivo y llamó a la

puerta de la casa, en el timbre situado bajo el rótulo de «*Madame* Trellax. Vidente».

Aguardó unos minutos. Dayne adquirió la convicción de que era estudiado por alguna mirilla invisible, tal vez una oculta cámara de televisión. Finalmente la puerta se abrió, cruzó el umbral y se encontró en una especie de antesala, decorada con muy buen gusto y pavimentada con una alfombra de tres dedos de espesor.

Al fondo, en un rincón, había una atractiva muchacha, sentada tras una mesa estilo Luis XV.

—Caballero —elijo la joven.

—Deseo consultar con *madame* Trellax —manifestó Dayne.

La chica consultó una agenda.

—Deberá volver dentro de tres días, a las seis y quince en punto de la tarde. Antes de esa fecha, *madame* no podrá escucharle —dijo.

—Muy bien, volveré…

—Por favor, el anticipo por reservar fecha y hora son diez libras. En el momento de la consulta, deberá abonar veinte más.

«¡Cáscaras!», pensó Dayne. La Trellax no era precisamente barata. Con diez visitas que recibiese al día y aunque todos tuviesen ya la hora reservada, eran doscientas libras diarias. Cinco días por semana, veintitantos al mes… cuatro mil libras y pico, calculó, mareándose al pensar en los saneados ingresos de la vidente, a cuenta de los incautos que esperaban mejorar su porvenir consultando con una embaucadora que sólo les diría lo que ellos deseaban oír.

En los días siguientes, no apareció ninguna persona sospechosa, ni siquiera la señora Evans. Dayne, por el contrario, vio más de un rostro de los que aparecían habitualmente en las páginas de las revistas de sociedad.

Casi se indignó. Eran mujeres que lo tenían todo: fortuna, lujos, comodidades… Y todavía iban a ver qué les reservaba el futuro. «¿Pero, es que no lo saben?», se preguntó.

El día de la cita, a las seis y catorce de la tarde. Dayne llamó al timbre.

La puerta se abrió a los sesenta segundos exactamente. Una deslumbrante sonrisa femenina acogió su llegada.

—Buenas tardes, señor Dayne —saludó la chica.

—Es un placer, señorita. —Las veinte libras que dejaba sobre la

mesa en aquel momento, harían sangrar el corazón de Sharron, pensó—. Por cierto, aún no sé su nombre…

—Fay Bershing —contestó ella—. Por favor, la puerta de la derecha. Siéntese y aguarde. *Madame* le llamará en el momento oportuno.

—Bien, señorita Bershing.

Dayne entró en una habitación sumida en la penumbra. La luz provenía del techo, pero no se veían las lámparas, ocultas por una pantalla horizontal de gran tamaño. Dayne entrevió grandes cortinajes rojos y negros, con orlas de oro en los bajos y poco más.

Hacía calor y flotaba en el ambiente un perfume oriental muy penetrante, con buena parte de almizcle. Dayne se dio cuenta de que el único mueble de la salita era el sillón Luis XV en que se hallaba sentado.

De repente, las cortinas que tenía frente a sí, se descorrieron. *Madame* Trellax apareció ante sus ojos.

* * *

Era una mujer de unos cuarenta y cinco o cincuenta años, de cabellos grises cuidadosamente peinados y manos blancas y afiladas. El rostro aparecía un tanto ajado, pero resultaba agradablemente bello. Dayne no podía ver detalles del cuerpo de la mujer, ya que estaba cubierta por una pesada túnica de terciopelo negro, de amplísimas mangas, que llegaba holgadamente hasta los pies. Delante de ella tenía la mesa con la clásica bola de cristal.

—Bien venido a mi casa, señor Dayne —dijo la adivinadora.

De repente, el sillón empezó a moverse con su ocupante. Dayne adivinó que había algún mecanismo que lo hacía acercarse a la mesa. Algún motorcito, accionado por electricidad y con el contacto al alcance de la mano. Al mismo tiempo, la bola empezaba a iluminarse.

El sillón se detuvo cuando las rodillas de Dayne estaban a medio palmo de la mesa. Para entonces, la bola despedía ya un resplandor bastante vivo, aunque no dañino para las pupilas. Era la única luz de ambas estancias.

—Mi mirada llega hasta el pasado, atraviesa el presente y bucea en el porvenir —dijo la vidente—. ¿Que deseas de mis facultades?

Dayne tosió. Era una «entrada» pésima. Claro que los crédulos

eran gente dispuesta a tragarse todo.

—Estoy enamorado. Deseo saber si ella me corresponderá —mintió.

—¿Quién es la mujer? —preguntó *madame*.

—No sé su nombre. Puedo describírsela y eso quizá la ayude, señora.

—Está bien, empiece. Pero ¿me permite una pregunta, señor Dayne?

—Claro que sí…

—Yo creí que usted vendría a consultarme sobre su porvenir…

Dayne rió suavemente.

—Mi porvenir está razonablemente seguro, *madame* —contestó—. Pero me siento incapaz de saber si ella me amará o no.

—Muy bien. Describa a su amada, señor Dayne.

—Es de mediana estatura, tiene unos treinta y dos años, pelo castaño rojizo, oíos verdosos, buen tipo, elegante, bastante refinada… La última vez que la vi llevaba una estola de visón salvaje, y bolso y zapatos de piel de serpiente. Pasó a mi lado y olía a «Channel» n.º 5.

Dayne vio que la adivina respingaba. Acababa de hacerle la descripción exacta de Linda Evans.

*Madame* Trellax recobró la compostura.

—Esa mujer es algo mayor que usted, señor Dayne —dijo.

—Dos o tres años no tienen ninguna importancia, señora.

—Es verdad. Permítame que me concentre…

Una especie de niebla se agitó unos instantes dentro de la bola. Luego, la mujer dijo:

—Hay ciertas posibilidades de correspondencia amorosa, pero mi visión, hoy, en este asunto, no es suficiente clara. Vuelva, por favor, la semana próxima, el mismo día y a la misma hora.

—Muy bien. Pero ¿no puede decirme más?

—Lo siento. Ya se ha dado cuenta de que no le quito por completo las esperanzas. Si no hubiese posibilidad de correspondencia en su amor, se lo diría con absoluta sinceridad. Es decir, amputaría sin piedad sus ilusiones. Siempre soy franca con mis clientes.

—La franqueza es una virtud altamente encomiable, *madame*.

—Eso es todo, señor Dayne.

El resplandor se atenuó, al mismo tiempo que el sillón retrocedía. Dayne sentía una terrible curiosidad por conocer el interior de la casa, pero se daba cuenta de que si no lo hacía por métodos poco ortodoxos, no lo conseguiría nunca.

De todos modos, había dado el primer paso. La semana siguiente podría conseguir mejores resultados.

Cuando el sillón volvió a su emplazamiento primitivo, la luz se apagó por completo. *Madame* Trellax, en la oscuridad, dijo:

—Aguarde ahí hasta que mi secretaria abra la puerta y le guíe.

Transcurrieron un par de minutos. Dayne se daba cuenta claramente de que todo aquello eran trucos escénicos, dedicados a engañar a los incautos. Él había sido sondeado ya y, como toda vidente, la Trellax era buena psicóloga. En la siguiente visita le diría algo de acuerdo con sus deseos o le engañaría con cualquier pretexto.

La puerta de la derecha se abrió de pronto y la esbelta silueta de la secretaria se recortó contra la luz.

—Puede salir, señor Dayne.

—Gracias. Fay. Ha sido una sesión muy interesante.

—Lo celebro, señor Dayne.

Momentos más tarde, Dayne estaba hablando desde una cabina telefónica con su jefe.

—Personalmente, creo que las sospechas de Evans están infundadas, al menos en lo que se refiere a encontrarse con su amante en casa de la Trellax —declaró—. Por los informes que tengo de ella, sé que es una mujer con exceso de nervios y muy dada a fantasías. No me cabe la menor duda de que sólo va a consultar a la vidente para conocer su porvenir; aún más, diría que la Trellax es para ella el sustitutivo de un psiquiatra.

—Evans quiere pruebas, Terry —dijo Sharron—. Positivas o negativas, pero pruebas.

—Tengo una cita para la semana próxima con *madame* —contestó Dayne—. Lo cual no obsta para que siga a Linda Evans donde quiera que vaya.

—Está muy bien, adelante. Evans es uno de nuestros más importantes clientes y no sólo en este asunto. Si fracasamos, perderemos una buena parte de nuestros ingresos mensuales.

—O. K., jefe.

Dayne colgó. En aquel momento, Fay Bershing salía de la casa, situada a unos treinta pasos de la cabina telefónica.

Los ojos de Dayne se desorbitaron. La chica montó en un automóvil deportivo, muy caro, y se alejó rápidamente.

—¡Caramba! —Exclamó para sí—. Ser la secretaria de una fulana como la Trellax debe de rendir muy saneados beneficios.

El detalle se le hizo altamente sospechoso. Fay no tenía por qué poseer un coche de alto precio. Claro que podía ser el de la vidente… pero, una mujer que ya rondaba los cincuenta no solía ser aficionada a los descapotables de dos asientos y gran lujo. Un «Rolls» con chófer hubiera parecido más natural, pero no había sido así.

¿Por qué?

Aquella misma noche, mientras descansaba en su casa, levó los diarios de la tarde. Se había efectuado la autopsia al cadáver de Wolsey. Las causas de la muerte habían sido debidas a la picadura de un reptil africano, la mamba negra, que sólo habita en determinadas regiones del continente africano. La noticia había sido publicada con retraso, dado que los forenses, aunque no por incapacidad, habían tardado en determinar la sustancia tóxica causante de la muerte.

Había también una entrevista con Matt Showrell, prominente miembro de la expedición al país de los wyambas. El señor Showrell sostenía que era materialmente imposible que una mamba negra pudiese llegar hasta Londres, si no era traída con el deliberado fin de cometer un asesinato.

El periodista preguntaba a Showrell qué posibles motivos había para el crimen. La respuesta de Showrell consistía en decir que lo ignoraba por completo.

# CAPITULO III

Dayne parpadeó al ver a Fay Bershing caminando por delante de él. La muchacha no se había dado cuenta de su presencia en las inmediaciones. Dayne la siguió con gran discreción.

Momentos más tarde, Fay entraba en una cafetería y se sentaba en un semireservado. Dayne fue a un quiosco de periódicos cercano, compró un diario y entró en la cafetería.

El periódico le sirvió para ocultarse el rostro y sentarse en el sitio contiguo al que ocupaba la muchacha. Las cabezas quedaban al nivel del pequeño mamparo que separaba los semireservados.

Dayne pegó la nuca a la madera forrada de tela. Junto a Fay había una mujer.

—No entiendo —dijo la mujer—. Yo esperaba ver aquí a *madame*…

—*Madame* me ha rogado viniera en su lugar —declaró Fay—. También me ha dicho que, a partir de ahora, no la recibirá más. Usted ya no necesita de sus servicios.

—Pero, señorita…

—Señora Evans, *madame* no quiere que su casa sea un centro de distribución de mensajes amorosos. Usted, cada vez que va a consultarla, deja adherido, en la cara interior de una de las patas del sillón, una diminuta cápsula con un mensaje para el señor Rawson, otro de los clientes habituales de *madame* y amante de usted. Simplemente, *madame* no quiere que emplee su consultorio para concertar citas amorosas con el señor Rawson. Aquí tiene el último mensaje que, naturalmente, no ha sido recibido por ese tal Rawson.

—¡Oh! —Fue todo lo que dijo Linda.

—Gracias, señora Evans. Y, repito, no vuelva más por el consultorio, porque tengo órdenes de no recibirla.

Fay se puso en pie y se marchó. En medio de todo, pensó Dayne,

Evans había tenido razón. Bueno, la agencia se ganaría el premio de mil libras, aunque ahora era preciso iniciar de nuevo las investigaciones, para localizar el sitio donde se encontraban Linda y Rawson.

Pero aún le quedaba una cita con la vidente y, además, quería comprobar ciertas sospechas, aunque sólo fuera por satisfacer su propia curiosidad.

Informó a su jefe. Sharron le dijo que vigilase la casa de la Trellax para saber cuándo iba Rawson. Dayne volvió a su puesto de observación.

Dos días más tarde, acudió un sujeto alto y delgado, de nariz aguileña y rostro penetrante. Tras él llegó la hermosa dama del bastón con figura de serpiente.

Dayne ya tenía fotografías de Rawson, más joven y apuesto que el tipo de la nariz de águila. Aquel día no apareció su presa ni tampoco al siguiente, que era el que correspondía a Dayne entrevistarse con la vidente.

A la hora señalada, Dayne fue recibido por Fay, quien siguió con él los mismos trámites que en la ocasión anterior. La Trellax le dijo que debía abandonar todas sus esperanzas; su amor no sería correspondido. Un oscuro instinto hizo a Dayne bajar la mano hacia la pata derecha del sillón.

Con gran sorpresa, encontró allí adherido un tubito, que despegó de la pata y guardó en su bolsillo. Cuando la luz se apagó, Dayne, en lugar de esperar, se levantó, corrió hacia las cortinas de separación y las apartó a un lado.

Alumbrándose con una pequeña lámpara portátil, avanzó hacia la salida de la habitación donde se situaba la vidente. Abrió la puerta y se encontró en una sala, sobre la que, encima de un diván, vio la gran túnica que usaba la Trellax.

También encontró otra cosa: una máscara de piel finísima, junto con una cabellera parcialmente canosa.

Estaba examinando ambos objetos cuando, de pronto, sonó una voz a sus espaldas:

—La consulta ha terminado, señor Dayne —dijo Fay con helado acento.

* * *

Dayne guardó silencio un instante, sin volverse todavía. Luego, calmosamente, preguntó:

—¿Hablo con *madame* Trellax o con su encantadora secretaria?

—Si no se marcha inmediatamente, hablaré con la policía, señor Dayne.

El joven se volvió sonriendo.

—Tal vez a la policía le interese saber que *madame* Trellax y su secretaria son una misma persona —dijo.

Fay endureció el gesto.

—Ése no es asunto suyo…

—¿Por qué desempeña los dos papeles?

—No le contestaré, usted no tiene derecho a hacerme esas preguntas.

—En ese caso, me quedaré aquí hasta que llame a la policía. Y cuando vengan los agentes, les diré que este consultorio del porvenir es un centro de recepción y distribución de mensajes.

—No…

Dayne sacó de su bolsillo el tubito encontrado momentos antes.

—Estaba en la pata del sillón que va y viene —dijo, muy serio—. Otro mensaje similar al que la señora Evans dejaba a su amante.

Fay se puso pálida.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

—Lo escuché por casualidad hace unos días. Usted se mostró muy indignada, indignación que habría resultado mucho más lógica en *madame*. Además, tuve en cuenta el tiempo que media entre la entrada en la sala de consulta y la aparición de la vidente, suficiente, sin embargo, para que usted cambie rápidamente de aspecto y atienda a los clientes. Sólo entra uno cada vez en la casa, no hay sala de espera, como en la casa de un médico; no se ven unos a otros ni a usted en la recepción; por tanto, no hay peligro de que se descubra la superchería. ¿Me equivoco?

Fay hizo un cesto de desaliento.

—Es cierto. Yo soy *madame* Trellax —confesó—. Pero ¿qué puede importarle a usted…?

—Soy investigador privado y andaba en busca de pruebas de la infidelidad de la señora Evans. No tengo nada contra usted, créame; y no divulgaré su secreto, señorita Bershing. ¿O debo llamarla Trellax?

—Trellax era el seudónimo de mi difunta tía, cuyo sitio ocupo yo. La máscara reproduce exactamente sus facciones.

—Creo que voy entendiendo. Siga, por favor.

—Hace algunos meses, ella se sintió morir. Los médicos diagnosticaron una enfermedad incurable. Entonces, ella hizo correr la noticia de que se iba de vacaciones. Por supuesto, no se llamaba Trellax, sino de otro modo, por lo que nadie, sino las personas legalmente autorizadas se enteraron de la muerte de Ann Bates, que era su verdadero nombre. Mi tía, antes de morir, me nombró heredera y me aconsejó tomara su puesto. Yo no quería emplear una secretaria desconocida, así que asumí los dos papeles.

—Y a ganar dinero, ¿eh?

Fay se encogió de hombros.

—Mi tía me enseñó muchas nociones de psicología —contestó—. Además, digo lo que la gente quiere escuchar. Y estoy suscrita a una agencia de recortes de prensa. La primera sesión sirve para estudiar al cliente y después indago moderadamente sobre él. Ése es todo el truco, aparte de la escenografía.

—Comprendo. —Dayne sonrió—. No tema, no le estropearé el negocio, que, me parece, es bastante saneado.

—Se gana dinero, es cierto. Y ahora, ¿me denunciará a la policía, señor Dayne?

—Quizá un juez estimase que su actitud no es demasiado ética, pero usted sólo saca el dinero de quienes quieren que se lo saquen —contestó él—. Y ahora, ¿qué le parece si examinamos el mensaje que alguien ha dejado en el sillón?

Fay asintió. Dayne examinó el tubito de metal, con tapa roscada, largo de tres centímetros y de cinco milímetros de grueso. Fay se quitó una horquilla del pelo para sacar el papelito que había enrollado en su interior.

Dentro del papel había una inscripción, con un nombre y una fecha: «Droates House, 19 de mayo».

—¿Dónde está Droates House? —preguntó Dayne.

—No lo sé —respondió la muchacha.

En aquel momento, sonó el timbre.

Fay dio unos pasos laterales y presionó una tecla. Una pantalla de televisión se encendió en una de las paredes. La figura de una hermosa joven, de piel oscura, apareció ante los ojos de Dayne y de

Fay.

—A esa chica la conozco yo —dijo él.

—Voy a ver qué quiere —manifestó Fay—. Por favor, no se mueva de aquí.

—Devolveré el mensaje a su sitio. Concédame dos minutos —pidió él.

—De acuerdo.

* * *

La joven de color dijo llamarse Nydya
S'Hombo
. Declaró sentirse deseosa de conocer su porvenir y Fay la hizo pasar a la salita contigua. Luego corrió a disfrazarse.

Dayne presenció la entrevista, convenientemente oculto. Fue una conversación de tanteo, como la primera que él había sostenido con la vidente. Pero, en uno de los momentos del diálogo, vio que Nydya se inclinaba ligeramente hacia la derecha.

«Alguien le habló del mensaje», pensó.

Nydya se marchó poco después. Fay empezó a quitarse los ropajes y la máscara. Dayne se acercó al sillón y tanteó con la mano.

—Me lo suponía —dijo—. Esa joven de color se ha llevado el tubito.

—Iré a verla y le diré que…

Dayne cortó las indignadas palabras de la muchacha.

—¿Me permite que vaya yo en su lugar? Tengo entendido que Nydya
S'Hombo
ha dejado anotado su domicilio.

—Sí, pero creo que eso me compete…

—Fay, se lo ruego. No es inmodestia, pero en ciertos asuntos yo tengo más experiencia que usted. Confíe en mí, sabré ser discreto y acabaré de una vez con estos problemas.

Fas sonrió encantadora mente.

—Usted haría un buen partenaire si se quisiera dedicar a esta clase de negocios.

—Al menos, me traerían el dinero a casa, en lugar de ir yo a buscarlo por ahí, pateando las calles —rió Dayne—. No se

preocupe, Nydya no volverá aquí a recoger ningún mensaje.

Dayne se marchó. Subió a su automóvil, auto más modesto que el de Fay, y se encaminó a la dirección que le había dado la muchacha, confiando en que Nydya no le hubiera facilitado un domicilio falso.

Llegó a las inmediaciones media hora más tarde, aunque se apeó a prudente distancia de la casa donde la joven de color había dicho residir. Caminó a pie y, de pronto, le pareció ver un rostro conocido.

Dada su profesión, la buena memoria era obligada. Dayne reconoció inmediatamente a Matt Showrell, el explorador.

Showrell parecía buscar el número de alguna casa. De repente, Dayne vio una mujer.

Era también conocida. Se trataba de la elegante dama que usaba aquel estrafalario bastón con figura de serpiente.

Aquella dama había acudido también a la consulta de la vidente. Su nombre debía de estar registrado en los ficheros de Fay. Dayne se hizo el propósito de preguntarle por su nombre.

De repente, Showrell se dio una palmada en el cuello, a la vez que mascullaba una interjección. Momentos después, empezó a tambalearse.

La gente le miró con curiosidad. Showrell lanzó un gemido de dolor. Súbitamente, rodó por tierra.

Dayne se precipitó sobre el caído, a la vez que oía gritar a los viandantes. El joven apreció con horror las dos picaduras de forma triangular que había en el cuello de Showrell, tras la oreja.

Las piernas del explorador se agitaban horrorosamente. De repente, tras un par de sacudidas tetánicas, Showrell se quedó Inmóvil.

Su rostro estaba ya negro.

Dayne se incorporó. En aquel momento, un gran «Rolls», de color negro, se alejaba del lugar.

A pesar de todo, Dayne pudo entrever a la dama del bastón en el interior del vehículo.

# CAPITULO IV

Llamó a la puerta. Alguien abrió instantes más tarde.

Nydya S'Hombo contempló escrutadoramente al hombre que tenía frente a sí. Por su parte, Dayne apreció la transformación que se había operado en la joven, cuya elevada estatura no dejó de impresionarle.

Ella vestía ahora una larga túnica blanca, con orlas de extraños dibujos primitivos, que le conferían el aspecto de sacerdotisa de alguna extraña religión salvaje. En sus orejas se veían unos pesados aretes de oro, finamente labrados, con los mismos dibujos que los dos anchos brazaletes, visibles gracias a las cortas mangas de la túnica. El dibujo de los brazaletes era el mismo que el de las orlas.

Dayne apreció que la joven de color no llevaba nada bajo la túnica. Su aspecto era arrogante, majestuoso.

—¿En qué puedo servirle, caballero? —preguntó Nydya en un inglés perfectamente modulado.

—Señorita, hoy ha estado usted en la consulta de *madame* Trellax —dijo Dayne.

Nydya irguió todavía más el busto.

—No creo que eso le interese mucho —contestó secamente.

—*Madame* Trellax le ruega no vuelva más por allí, ni siquiera a la entrevista que tienen concertada la semana próxima.

—¿Puedo saber a qué se debe esta inexplicable decisión?

—Droates House. 19 de mayo.

Una especie de sacudida eléctrica agitó el cuerpo de Nydya. Por un instante, perdió su impasibilidad habitual.

—¿Cómo lo sube usted? —dijo, casi gritando.

—A *madame* no le importa en absoluto ciertos aspectos de su vida privada, señorita S'Hombo

. Lo único que quiere es que no utilice su consultorio para recoger mensajes de otras personas. Ésa es una actividad que *madame* no quiere tolerar en absoluto.

—¿Quién es usted? ¿Qué relación tiene con esa embaucadora?

Dayne sonrió.

—Ah, le parece una embaucadora —dijo.

—Claro, qué necesidad tengo yo de adivinar mi porvenir… Simplemente, necesitaba recoger ese mensaje, aunque no le importa en absoluto quién lo dejó. Pero todavía no ha contestado a mi pregunta, señor…

—Dayne, Terry Dayne, secretario privado de *madame*.

—Ella tiene secretaria…

—*Miss* Bershing es solamente la recepcionista.

Nydya le miró con desprecio.

—La dama madura y solitaria que se consuela con el joven apuesto y atractivo, ¿eh? —dijo sarcásticamente.

—Tómelo como quiera, señorita

S'Hombo

, pero, puesto que usted conoce sobradamente a la persona que le dejo el mensaje, dígale que no vuelva a repetirlo.

Dayne giró sobre sus talones y abandono el piso. Nydya le había impresionado profundamente; en sus grandes ojos oscuros había visto algo indefinible, una especie de penetración de la mente quizás, una visión del más allá, tal vez sobrenatural, pero que, en todo caso, no podía confundirse con las supuestas facultades de *madame* Trellax.

No importaba el color de la piel; Nydya era hermosísima…, pero a Dayne le daba miedo.

* * *

—Nydya no volverá, estoy seguro de ello. Pero lo que me gustaría saber es quién le dejó el mensaje.

—Lo ignoro —contestó Fay.

—Yo le he dicho que soy el secretario privado de *madame*. Ella ha contestado con una opinión insultante.

Fay sonrió.

—Cualquiera, en el caso de Nydya, lo habría supuesto así —dijo.

—Déjese de tonterías —rezongó él—. Puede ser que se trate de

una coincidencia, puede ser que la señora Evans tenga algo que ver con este asunto. Antes que Nydya hubo dos consultantes. Usted debe saber quiénes son. Yo también, pero desconozco sus nombres.

—Los recuerdo muy bien. El hombre se llama Arthur Nilson. La mujer es Dinorah Everton.

Dayne entornó los ojos.

—Una mujer extraña —murmuro—. Lleva un bastón con figura de serpiente.

—Sí, y a veces los ojos de la serpiente parecen ser los de un animal vivo —se estremeció Fay.

—¿Cuántas veces ha venido Dinorah a visitarla?

—Dos. La semana próxima será la tercera consulta.

—¿Puedo saber qué es lo que quiere?

Fay se encogió de hombros.

—Lo de todos. Quieren que les adivine el porvenir, quieren que les diga que la vida será bella y amable con ellos… Imagíneselo, señor Dayne.

—Sí, desde luego. Fay, ¿se puede entrar en esta casa sin necesidad de llamar?

—Hay una puertecita trasera, para el servicio. Suelen traer los víveres, cuando los pido por teléfono…

—Tendrá que dejarme la llave. Es decir, si confía en mí.

Fay levantó las cejas.

—No desconfío, pero… ¿A quién quiere vigilar?

—A la señora Everton. Es curioso, dos hombres han muerto, aparentemente mordidos por una serpiente, y en las dos ocasiones, ella estaba en las inmediaciones. ¿No lee los periódicos?

—Pues…

—¿Ha oído hablar alguna vez de la expedición científica al país de los wyambas?

—Vagamente tan sólo —confesó Fay.

—Está bien —dijo él—. Es hora de que le ponga en antecedentes del caso.

Cuando terminó de hablar, Fay le hizo una pregunta:

—Bien, Terry, pero no veo qué relación pueda tener la señora Everton con Linda Evans.

—Puede que se trate solamente de una coincidencia, pero Dinorah y Linda han coincidido aquí en los días de consulta. Y no

olvide que yo trabajo por encargo del señor Evans y que debo agotar todas las posibilidades, tanto en favor como en contra de la presunta culpable.

* * *

Cuando vio que Dinorah Everton se disponía a entrar en la casa, Dayne, con la mayor discreción posible, corrió hacia la parte posterior. Fay ya estaba advertida y entretendría a la dama un tiempo mayor de lo normal.

Antes que Dinorah habían estado dos sujetos, a los que Dayne conocía ya de vista. Fay le daría más tarde los nombres, pero ambos habían estado en alguna ocasión a consultar a la vidente, coincidiendo siempre con Dinorah. Aquel día, sin embargo, Linda Evans no había aparecido por la consulta.

Dayne entró por la puertecita posterior, atravesó la casa, cuya distribución ya conocía y corrió al sillón deslizante. Pasó la mano por la pata delantera derecha. Si, había un tubito portamensajes adherido a la madera. Después de quitarlo de su emplazamiento, se retiró discretamente.

Ahora estaba en una habitación, en la que había una gran pantalla de televisión, conectada a un circuito cerrado. Fay le había dicho que, mediante aquella pantalla, su tía le había enseñado buena parte de los trucos del oficio. Ya estaba conectada y podía ver sin dificultad y en colores naturales la salita de consulta.

De pronto, vino Fay y se disfrazó. La joven le dirigió una sonrisa en el momento de ponerse la máscara.

Fay pasó a la salita de consulta. Las cortinas se descorrieron casi en el acto. El sillón se deslizó hacia adelante y la hermosa Dinorah se hizo visible.

Había enojo en su cara. Dayne supuso que Dinorah estaba terriblemente irritada por no haber encontrado el portamensajes.

—Bienvenida a mi casa, señora —dijo Fay—. Cuénteme sus problemas; pídame consejo. Por usted, atravesaré el velo que cubre el futuro, para revelarle el suyo. Si hubiera dificultades en perspectiva, podría sortearlas sin dificultad.

Dinorah alzó el bastón con cabeza de serpiente, con la misma actitud que un mariscal saludando en la revista de sus divisiones.

—¿Le gusta el bastón, querida? —preguntó.

—Es muy hermoso, señora…

—Los ojos de la cabeza del reptil son rubíes, muy valiosos. Dígame, ¿qué le parecen?

—Tienen un valor excepcional. Señora Everton, lo lamento muchísimo, pero yo no puedo perder el tiempo…

—¡Mire los ojos de la serpiente!

La voz de Dinorah sonaba terriblemente imperativa, a pesar de que no había alzado el tono en absoluto. Dayne frunció el ceño.

El mandato llegó incluso hasta él, a través de la pantalla. Fascinado, vio que Dinorah dejaba la serpiente sobre la mesa.

De súbito, el bastón se animó. ¡Ahora era un animal vivo que se agitaba y retorcía de un modo estremecedor!

Fay lanzó un gritito y echó la cabeza hacia atrás.

—Conteste, *madame* Trellax —exigió Dinorah—. Alguien ha dejado un mensaje para mí. Usted lo ha interceptado.

—No…, no se… nada… —Articuló la muchacha.

La serpiente reptó unos centímetros hacia Fay. Dayne quería gritar, pero tenía la lengua pegada al paladar. Una fuerza inexplicable retenía sus pies clavados en el suelo.

—No sé nada…, no sé nada… —insistió Fay.

—El mensaje —insistió Dinorah.

La serpiente rozaba ya una de las manos de Fay. Ella negaba con la cabeza una y otra vez.

De repente, Dinorah pareció convencerse de la sinceridad de la muchacha y agarró a la serpiente por el extremo opuesto a la cabeza. El reptil se transformó instantáneamente en un rígido bastón.

Dinorah movió ampliamente la mano izquierda.

—¡Despierte!

Fay sacudió la cabeza. Dinorah sonrió dulcemente.

—Muchas gracias por sus atinadas palabras, *madame*. Volveré la semana próxima —dijo.

De algún modo que desconocía, Dinorah había conseguido hipnotizar o, por lo menos, sugestionar a Fay. Pero sus poderes hipnóticos no eran totales, ya que no había conseguido que la muchacha aceptase conocer el paradero del mensaje.

Y sin embargo, paradójicamente, él también había sido sugestionado, puesto que había querido acudir en socorro de la

muchacha y algo invisible se lo había impedido.

Dinorah se marchó. Un momento más tarde, casi histérica, Fay se precipitaba en brazos del joven.

—¡Terry! ¿Ha visto? —gritó.

—Sí, pero cálmese. Ya ha pasado todo…

—Esa mujer es horrible… Estuvo, a punto de matarme con su maldita serpiente domesticada…

—No es más que un truco de hipnotización —dijo él, muy pensativo—. Sin embargo, el poder de la mente de Dinorah es muy grande y me sugestionó también a mí, a través del televisor. Quise acudir en su ayuda, pero no podía moverme. Una fuerza superior, invencible, me lo impedía.

Fay le miró, incrédula. Dayne, mientras tanto, llenaba dos copas.

—¿Es cierto lo que dice, Terry? —preguntó ella.

—Rigurosamente cierto —corroboró Dayne, Tomó un trago y miró sonriendo a la muchacha—. Una extraña mujer, la señora Everton —añadió—. Me gustaría visitarla en calidad de secretario de *madame* Trellax.

—¿Qué le dirá usted? —preguntó Fay, asombrada.

—Más o menos, lo que le dije a Nydya
S'Hombo
, aunque claro, conociendo ya el contenido del mensaje.

Dayne saco el tubito del bolsillo y desenroscó la tapa.

Con ayuda de una horquilla, extrajo un papelito enrollado de su interior:

El mensaje decía:

«Es preciso acudir. El "Ojo de la Suprema Luz" está allí».

—¿Qué es eso? —exclamó Fay, atónita.

—No lo sé, pero… ¿no cree que puedo conseguir que Dinorah me lo diga? —Sonrió Dayne.

Fay sintió un escalofrío.

—Esa mujer me da miedo —dijo—. La próxima vez que venga, le diré que *madame* se niega a recibirla.

—Presiento que Dinorah Everton ya no va a volver más por aquí. Y, a propósito, vaya preparando las fichas de los dos hombres que vinieron aquí antes que ella. En cuanto pueda, vendré a estudiarlas y a comentar con usted su cometido.

—Pero ¿es que va a ir ahora a ver a Dinorah? —Se asombró la

muchacha.

—Es preciso batir el hierro cuando está caliente —respondió Dayne, sentencioso.

# CAPITULO V

El mayordomo era de color y muy atildado y correcto, preguntó a Dayne que deseaba. Dayne manifestó sus deseos de entrevistarse con la señora.

Al mismo tiempo, pasaba una tarjeta en la que, manualmente, había añadido su inventada profesión de secretario privado de la Trellax. El mayordomo puso la tarjeta sobre una bandejita y se retiró, dejando a Dayne en un lujoso vestíbulo, decorado clásicamente, pero con gusto exquisito.

La Everton, se dijo, era mujer de posibles. Según Fay, era viuda, pero ¿quién podía comprobarlo?

De repente se oyó sonido de tacones femeninos.

Nydya

S'Hombo

apareció ante los atónitos ojos de Dayne. La joven de color sonrió de un modo extraño al dirigirle una breve inclinación de cabeza, sin detenerse en su camino hacia la puerta. Tras ella, bajo el dintel de la entrada a una salita de recibo, estaba Dinorah.

—Entre, señor Dayne —invitó la dueña de la casa.

Dinorah vestía una larga túnica negra, cerrada de cuello, de mangas largas y amplias, cuyo borde inferior llegaba casi hasta sus tobillos. Pero el tejido era casi transparente y permitía ver al trasluz una silueta de contornos escultóricos.

—Apuesto algo a que viene a decirme lo mismo que ya le dijo a mi amiga Nydya —habló Dinorah, mientras le ofrecía una copa exquisitamente tallada, llena de un líquido ambarino, que despedía un delicioso aroma.

—Señora, ¿quién es la adivina? ¿Usted o *madame* Trellax? —contestó el joven.

Dinorah rió suavemente, a la vez que se sentaba en un imponente diván de terciopelo rojo oscuro.

—Venga, siéntese a mi lado —invitó.

Dayne obedeció. Sobre una mesita de mármol, frente al diván, estaba el siniestro bastón.

—Cuando vea a *madame* Trellax, dígale que no se ofenda —dijo Dinorah—. A partir de ahora, ya no habrá más mensajes secretos ni ella tendrá que prestamos su involuntaria cooperación.

—Estoy seguro de que *madame* lo celebrará muchísimo. —Dayne puso el tubito en la mano de Dinorah—. Aquí lo tiene, señora.

Ella le miró profundamente.

—¿Conoce su contenido, señor Dayne? —preguntó.

—No, señora.

La mano de Dinorah, de uñas muy largas, pintadas de color rojo oscuro, trazó un gran círculo en el aire.

—¡Responda con la verdad! —ordenó imperativamente.

Dayne sonrió.

—¿Qué significado pueden tener para mí las palabras escritas en el mensaje? —respondió—. Créame, no me interesan en absoluto.

Dinorah pareció sentirse desconcertada un momento. De súbito, Dayne, como para probar que sus facultades hipnóticas no le habían afectado, dejó la copa sobre la mesita, abrazó su talle con rapidez y la besó fuertemente, antes de que ella pudiera reaccionar.

Durante unos segundos, Dayne mantuvo a la mujer fuertemente apretada contra su pecho. Mantuvo la postura deliberadamente más tiempo de lo común, hasta que creyó haber logrado su objetivo. Cuando se separó de ella. Dinorah estaba sin respiración.

El pecho de la mujer se agitaba casi espasmódicamente. Sus ojos miraban al joven con indudable asombro.

—Eso es todo, señora —dijo él.

Dinorah sacudió la cabeza.

—Usted es muy impulsivo —calificó.

—¿Qué hombre no se siente impulsivo, cuando está junto a una mujer tan hermosa? —De repente, Dayne pareció reparar en el bastón y alargó la mano—. ¡Qué bonito! —exclamó.

—¡No lo toque! —gritó ella.

Los dedos de Dayne rozaban ya la superficie cilíndrica del bastón. Asombrado, se volvió hacia Dinorah.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Ella agarró el bastón y lo apartó a un lado. Dayne, sin embargo,

había podido darse cuenta de un detalle.

Vista de perfil, la cabeza de la serpiente ofrecía una singular particularidad. La mandíbula superior sobresalía cosa de centímetro y medio de la inferior, de modo que los colmillos superiores quedaban completamente al aire. Eran largos, muy finos y de punta extremadamente aguda, tanto como la cabeza de un alfiler. Su longitud rebasaba ampliamente los dos centímetros.

«Cuando estén impregnados de veneno, con un centímetro que se hundan en la carne humana, es más que suficiente», pensó.

—Lamento haberla molestado —dijo, esforzándose por sonreír.

—No tiene importancia —contestó ella—. ¿Cuándo podré verle de nuevo, amigo mío? Hoy tengo un compromiso inaplazable; de otro modo, le invitaría a cenar conmigo…

—Ya tiene mi tarjeta, en la que consta mi domicilio privado. Llámeme o bien la llamaré yo a usted, señora Everton.

—No será necesario; yo le llamaré, en todo caso.

A Dayne le convenía relacionarse aún más íntimamente con la bella Dinorah. Quizá ella sabía algo de Linda Evans y, en todo caso, podría darle detalles de los hombres que habían acudido a la consulta de la vidente antes que ella. Al esposo de la mujer infiel, lo sabía por propia experiencia, le gustaban los informes absolutamente detallados.

Salió a la calle. Cuando abrió la portezuela del coche, vio que tenía un pasajero inesperado.

Nydya se hallaba sentada en el lugar contiguo al del piloto. La joven de color sonreía enigmáticamente, a la vez que sostenía con ambas manos un gran bolso de piel de leopardo. Una de sus manos estaba dentro del bolso.

—Estoy apuntándole con un revólver, señor Dayne —habló tranquilamente la hermosa joven—. Si no obedece exactamente mis órdenes, tendré el disgusto de agujerearle el pellejo.

* * *

El viaje duró casi una hora, al cabo de cuyo tiempo Dayne se encontró frente a una vieja casa, rodeada por un jardín en estado poco menos que silvestre. Nydya le ordenó apearse y él obedeció.

La joven no le perdía de vista un solo segundo. Aunque Dayne conocía el manejo de las armas de fuego, no llevaba nunca encima

ni siquiera una pequeña pistolita. Podía haber intentado luchar con Nydya, pero la curiosidad le había vencido y prefería conocer las intenciones de su secuestradora.

Entraron en la casa. Ella le dio la llave y le ordenó abrir, guiándole a continuación por una serie de estancias muy poco cuidadas. Al final de una de ellas divisó una escalera que se hundía hacia abajo.

—Siga —dijo Nydya.

Dayne bajó poco a poco. Una tenue luz, que procedía del lecho, le permitió ver un amplio sótano, sin ninguna clase de muebles ni trastos viejos. De pronto, Nydya, por sorpresa, le puso delante de la nariz un pañuelo mojado en una sustancia de olor dulzón.

—Respire hondo dos veces.

Dayne trató de resistirse, pero entonces sintió en la nuca el frío contacto del cañón del arma. Hizo un par de inspiraciones y empezó a notar que todo daba vueltas a su alrededor.

Cuando despertó, quiso moverse. Entonces, con gran sorpresa, se percató de que estaba sujeto a una de las paredes por sendas argollas que rodeaban sus muñecas.

Le faltaba la ropa a partir de la cintura, de modo que tenía el torso desnudo. De repente, vio entrar a Nydya.

Él asombro le impidió hablar. Ella era portadora de un pequeño brasero de metal, en el que ardían unos carbones, de los que se desprendían unas columnas de humo de penetrante olor, atractivo y repugnante al mismo tiempo. Pero lo más asombroso de todo era la singular indumentaria de la joven.

Las largas y esbeltas piernas de Nydya estaban cubiertas por unas medias completas, que llegaban hasta sus caderas. Las medias eran de piel de serpiente, de escamas verdes y amarillas, con puntitos rojos, lo mismo que los dos cuencos que cubrían sus pechos opulentos. En las muñecas llevaba asimismo sendas pulseras, muy ajustadas, de idéntico material.

Una luz rojiza se encendió súbitamente en el techo. Los ojos de Nydya fosforescían en la penumbra, como los de un gran reptil. De pronto, la joven inició una extraña danza, sin música, moviendo serpentinamente brazos y piernas, con gran lentitud, pero sin exageración de movimientos.

Los ojos de Nydya estaban entrecerrados. A Dayne le parecía que

la joven escuchaba la música de la danza llegándole a su cerebro a través del espacio, mediante una extraña onda que sólo ella podía captar.

El perfume invadía gradualmente la atmósfera, haciéndose más y más penetrante. Nydya parecía completamente sumida en el éxtasis de aquella bárbara danza.

El cuerpo de la muchacha de color empezó a brillar a causa de la transpiración de su piel. Dayne se sentía cada vez más afectado por el penetrante olor que brotaba de los carbones encendidos.

Nydya empezó a acercarse al joven. Casi reptaba. Sus movimientos tenían más de serpiente que de persona.

Las manos de la joven acariciaron la cara de Dayne. Sus labios se entreabrieron para pronunciar unas enigmáticas palabras.

—Pronto recibirás el supremo beso de la Madre
K'Wathi
—susurró.

Aquellos brazos eran como dos serpientes, ondulando de un modo fascinante, pero repulsivo al mismo tiempo.

De pronto, los párpados de Nydya, entrecerrados hasta entonces, se abrieron un instante.

Dayne estuvo a punto de gritar de asombro. Las pupilas de Nydya eran rojas, rojas como el rubí, como las brasas que ardían en el brasero.

Los parpados cayeron de nuevo. El ritmo de la danza se aceleró un tanto.

Dayne se preguntó si Nydya estaba ejecutando algún rito tribal. Pero aquel rito, ¿era el preludio de un sacrificio humano?

Repentinamente, la figura de Nydya sufrió una fantástica mutación. Dayne no hubiera sabido decir si ocurrió en una fracción de segundo o transcurrió en un largo periodo de tiempo.

La cabellera de Nydya empezó a desaparecer. Sus brazos se pegaron al cuerpo y se fundieron con él. Las piernas se unieron, convirtiéndose en una sola. Al mismo tiempo, la bella cabeza de la joven de color tomaba una forma triangular inconfundible.

Una larga lengua bífida asomó por la boca del reptil, gigantesco, de casi dos metros de longitud, que se mantenía en pie misteriosamente, apoyándose apenas en medio palmo de la cola. El reptil ondulaba a derecha e izquierda y también hacia adelante y

atrás, pero a cada segundo que pasaba, se acercaba más y más al joven.

Dayne se sintió invadido por un espantoso terror. No sabía si lo que sucedía había sido infiltrado en la mente por la droga contenida en el humo que brotaba del brasero o se trataba de algo real. Lo mismo daba.

Ahora tenía el presentimiento de que la gigantesca serpiente iba a morderle.

Y entonces moriría.

El reptil se detuvo a medio metro de él. Oscilaba ligeramente atrás y adelante y su lengua bífida entraba y salía, mientras emitía tétricos silbidos. Dayne contempló los ojos del reptil, enormes, de color rojo ardiente, pero humanos al mismo tiempo.

Vagamente se dio cuenta de que el reptil estaba preparándose para descargar el golpe fatal. Un par de movimientos más y su cuerpo se alargaría y sus mandíbulas morderían en algún lugar del torso desnudo, tal vez el cuello.

De repente, se oyó un ruido extraño.

La puerta del sótano se abrió. Alguien lanzó un agudo grito:

—¡Quieta, Nydya!

El hombre se precipitó hacia la serpiente. Súbitamente, un horrible alarido brotó de su garganta.

Dayne contemplaba la escena con ojos extraviados. El recién llegado se tambaleaba, con una indescriptible expresión de sufrimiento en su rostro. De pronto, cayó al suelo.

Entonces, Dayne vio que la escena cambiaba en parte. Ya no estaba Nydya ni tampoco se veía a la serpiente gigante.

Pero otro reptil, una serpiente de poco más de un metro, reptaba por el suelo hacia él.

# CAPITULO VI

Dayne forcejeó para librarse de las argollas que le sujetaban al muro. Vagamente se dio cuenta de que una de ellas cedía un tanto, pero la mayor parte de su interés estaba centrado en el reptil que seguía avanzando hacia él.

La ilusión había desaparecido. Ahora se trataba de una serpiente auténtica. No sabía dónde estaba Nydya ni tampoco qué había sido de ella, pero no le importaba demasiado. En aquellos momentos, estaba solo en el subterráneo, con un cadáver que se ennegrecía con espantosa rapidez, y un mortífero reptil, dispuesto a atacar para inocularle su letal veneno.

La serpiente estaba a menos de un metro de sus piernas. Dayne recordó historias de animales salvajes que no atacaban salvo para defenderse, pero no siempre las cosas sucedían como las explicaban los científicos. Allí estaba él, atado e impotente ante los colmillos del reptil.

De repente, se le ocurrió una idea. La serpiente podía o no trepar por sus piernas, hasta alcanzar la piel desnuda del tórax, pero también podía sentirse excitada a atacar alguna cosa que se moviera, una de las piernas de Dayne, por ejemplo.

Y, a fin de cuentas, las tenía un tanto protegidas por el pantalón.

Movió la pierna derecha. La cabeza del reptil osciló hacia aquel objeto que se agitaba. Dayne repitió los movimientos. La serpiente cambió ligeramente de dirección.

Dayne elevó las manos y se agarró a las cadenas que sujetaban las argollas. De repente, cuando ya tenía a la serpiente a dos palmos, tomó impulso y se levantó cuanto pudo en el aire, a la vez que encogía las piernas y sus talones se juntaban con las posaderas.

La serpiente atacaba en aquel preciso instante y su cabeza sólo encontró el vacío. Pero, una fracción de segundo más tarde, dos pies, a los que seguían setenta y cinco kilos de peso, cayeron de lo

alto y aplastaron su cráneo.

Dayne pegó una patada a los sangrientos restos del reptil, que fue a parar a unos pasos de distancia. Bajó la vista; la piel de su pecho estaba llena de menudos regueros de sudor.

Se preguntó dónde podría haber huido Nydya. Pero más urgente era soltarse de sus ataduras. Forcejeó una y otra vez, hasta que oyó un ruido inconfundible.

Una de las cadenas se soltó de la pared. Acto seguido. Dayne se volvió y empuñando la otra con ambas manos, apoyó el pie derecho en el muro y tiró con fuerza.

Segundos después, caía por el suelo, con los pies en alto. Se levantó ágilmente y miró a su alrededor.

La puerta que había en lo alto parecía entreabierta. Dayne contemplo un instante el deformado rostro del muerto, a quien no conocía en absoluto. Tras unos segundos de indecisión, registró sus ropas y halló documentación a nombre de Edgar Kamatee.

En su vida había oído aquel nombre. Su cara estaba oscurecida por la acción del veneno, pero resultaba indudable que se trataba de un hombre de color. ¿Quién lo había matado: Nydya, transformada en serpiente, o el auténtico reptil?

Para él, era cosa de poca monta. Corrió al primer piso, pero entonces se dio cuenta de que aún estaba semidesnudo. Volvió a bajar al sótano, recuperó sus ropas y se vistió.

Cuando salió a la calle, le pareció lo más lógico no encontrar su automóvil. Resignado, caminó hasta encontrar un taxi que lo llevó a su casa. En cuanto llegó, abrió los grifos de la bañera y se metió en el agua tibia, no sólo para relajar sus nervios, sino para reflexionar acerca de la extraordinaria aventura que le había tocado vivir.

* * *

—Estamos hoy a 12 de mayo. La cita en Droates House es el 19. Quedan, por tanto, siete días.

Fay arqueó las cejas al oír aquellas palabras.

—¿Piensa ir allí? —preguntó.

—Sí. Espero haber terminado el asunto Evans para entonces. Y si no es así, pediré permiso a mi jefe.

—Pero ¿qué espera encontrar allí?

—Alguien, por las razones que sea, usaba este consultorio para

transmitirse mensajes. ¿Recuerda los dos hombres que acudieron el mismo día, pero antes que Dinorah?

—Sí, ahí están sus fichas…

El índice de Dayne tocó las cartulinas varias veces.

—Son Ronnie Hellan y Algy Eardson —dijo—. He conseguido la lista de los miembros que componían la expedición al país de los wyambas. Ambos formaron parte de esa expedición de la que, según mis informes, subvencionó ampliamente, aunque no en todos sus gastos, la bella señora Everton.

—¿Y quién dirigía la expedición?

—El doctor, antropólogo y arqueólogo, C. K. Forrester, a quien no tengo el honor de conocer. Pero ese día, el 10 de mayo, habrá una reunión en Droates House.

—¿Con qué motivo, Terry?

La conversación tenía lugar en casa de la muchacha. Dayne empezó a pasearse por una sala de estar, a la que no tenía acceso el público.

—Esa gente descubrió en África algo de mucho valor. Trajeron muestras de trabajo indígena: utensilios, algunas armas, pieles… pero, salvo el valor científico, el crematístico es nulo. Sin embargo, todas estas cosas, incluidas las muertes de Wolsey y Showrell, no habrían sucedido de no haber por medio algo valiosísimo. Alguien lo tiene y no quiere repartirlo con los demás, eso es todo.

—Alguna joya —apuntó Fay.

—Es muy probable. Yo no creo en las venganzas de una deidad local, ofendida por la profanación de su santuario. Pura y simplemente, se trata de dinero, mucho dinero.

—Si Dinorah tiene algo que ver con esas muertes, no lo ha hecho por interés. Ella es muy rica.

—Tal vez lo aparente. Pero si lo es auténticamente, quizá quiere la joya para sí, para lucirla, para contemplarla en su casa… Y otros, muy posiblemente, la quieren para venderla y repartirse el dinero que obtengan.

—¿Cuál es el papel de Nydya en todo este asunto, Terry?

Dayne frunció el ceño.

—Aquella terrible danza… Llegó a sugestionarme por completo, y la vi convertida en una enorme serpiente, dispuesta a morderme. Pero el pobre Kamatee llegó antes y él fue quien recibió la

mordedura. Nydya huyó… y no la he visto hasta ahora.

Fay conocía la historia, porque Dayne se la había relatado con todo detalle.

—Esa chica es muy culta, pero no ha conseguido librarse de alguna de sus supersticiones ancestrales. Es decir, si procede del país wyamba. Terry, en su opinión, ¿a qué se refiere la frase «Ojo de la Suprema Luz»?

—Una joya que brilla mucho, no puede ser otra cosa. Una gran piedra preciosa, en estado bruto o, todo lo más, toscamente tallada… Pero en el país wyamba hay alguna estatua, que representa la deidad tutelar de los nativos y alguien le arrebató la joya. Ahora, naturalmente, surge la disputa por el botín, sin contar con las acciones de Nydya, que debe de querer volver el Ojo a su sitio.

—Se me ocurre una cosa, Terry —dijo Fay de pronto—. ¿Por qué no va usted a visitar al doctor Forrester?

—¿Y por qué no vamos los dos? —propuso él sonriendo.

—Bien, en tal caso vamos a ver en alguna parte dónde puede vivir ese caballero.

De repente, llamaron a la puerta.

Fay se puso en pie. Dayne la retuvo por una mano.

—Vea antes de quién se trata —indicó.

—Tiene razón.

Fay conectó la mirilla visora. La pantalla les hizo ver un repartidor de agencia, que tenía una caja cuadrada en las manos.

—Me traen algún paquete —dijo ella.

—¿Espera usted algún obsequio? ¿Ha encargado algo?

—No, Terry.

—Entonces, sea prudente. No abra el paquete hasta que yo lo diga.

—Conforme.

Fay se encaminó hacia la puerta, recogió el paquete, firmó el recibo y dio al mandadero una propina. Cuando se cerró la puerta, oyó un distante sonido de grifos de agua abiertos.

—¡Terry! ¿Qué hace? —gritó.

—Venga aquí, al cuarto de baño…

Ella obedeció, llena de perplejidad. Dayne tenía ya en las manos unas grandes tijeras, con las que practicó varios orificios en la caja.

Luego, la caja, cuando la bañera tuvo la suficiente cantidad de agua, fue sumergida en el líquido. Tendía a flotar, pero Dayne la mantuvo en el fondo con la ayuda del cepillo de rascar la espalda.

Empezaron a salir burbujas por los orificios. Algo se agitó en el interior de la caja.

Fay se estremeció.

—¿Qué hay ahí adentro? —preguntó.

—Esperemos —dijo Dayne—. Probablemente, se trata de un animal que puede resistir largo rato bajo el agua.

—¿Una… serpiente?

Dayne asintió. De cuando en cuando, salían burbujas, aunque no demasiado grandes. Casi pasó media hora antes de que, al fin, se decidiera a abrir la caja.

—Han salido burbujas de aire, pero podía tratarse también del que contenía la caja —supuso—. Desearía que se tratase de un regalo auténtico, aún a riesgo de haberlo estropeado.

Fay movió la cabeza.

—Vamos, abra —pidió, impaciente.

Dayne rasgó el papel de la envoltura. Debajo había una caja cuadrada, de unos treinta centímetros de lado por casi cuarenta de altura. Estaba forrada exteriormente por un falso terciopelo rojo y en uno de sus lados se veía un broche dorado.

—Es la caja adecuada para un regalo de lujo —sonrió, a la vez que, con grandes precauciones y sosteniéndola en sentido lateral, levantaba el broche.

Algo salió disparado de la caja y cayó a la bañera. Dayne dio un salto atrás. En el agua flotaba un reptil, una serpiente de color negro, cuya longitud no pasaba de los treinta centímetros. La cabeza, sin embargo, era un tanto grande en proporción con el diámetro del cuerpo, apenas mayor que el de una pluma estilográfica.

—Una mamba negra —dijo él, aterrado.

De repente, la serpiente se movió un poco. Fay lanzó un chillido.

—¿Tiene triturador de basuras en la cocina? —preguntó Dayne.

—Sí…

—Vaya a buscar unas pinzas grandes, por favor.

La muchacha corrió a obedecer. Cuando regresó, con las tenazas de una falsa chimenea de decoración, Dayne apresó al pequeño

reptil, al que por lo visto treinta minutos de inmersión en el agua no habían quitado la vida.

El triturador estaba ya en marcha, girando a miles de revoluciones por minuto. Dayne abrió el grifo del agua al máximo. El líquido, al caer con fuerza, sacudió al reptil, impidiéndole que abandonara el recipiente. Un segundo más tarde, el animal era precipitado hacia las cuchillas, que causaron su obra destructora en pocos segundos.

—Podíamos haberlo dejado ir por el desagüe de la bañera, pero hubiera resistido quizá y salido en alguna parte, donde atacaría a otras personas —explicó Dayne.

—De todas formas, no sé por qué enviar un reptil venenoso… Al levantar la tapa de la caía, lo hubiera visto y evitado su picadura —dijo la muchacha.

—Había un falso fondo en el interior de la caja, con un muelle, como los muñecos de broma —manifestó él—. La mamba hubiera salido disparada, con toda seguridad, a su cara. Son animales muy rápidos; hubiese tenido tiempo de morderle en una mejilla. Y usted no habría durado más de un par de minutos.

Fay sintió que un escalofrío de horror recorría su espalda.

—Querían matarme, eso está fuera de toda duda —murmuró—. Pero ¿por qué, Terry?

Dayne se encogió de hombros.

—No me atrevo todavía a emitir una hipótesis, excepto la de que quizá usted estorba a alguien —contestó.

# CAPITULO VII

El antiguo director de la expedición al país de los wyambas residía fuera de Londres, en una vivienda campestre, situada a hora y media de la gran urbe. Dayne y Fay llegaron allí al día siguiente, poco después de las tres de la tarde.

La casa era de regulares dimensiones y estaba rodeada por un amplio jardín, protegido por una sencilla valla de madera. Dayne estacionó el coche a pocos pasos de un gran «Rolls» negro, que le pareció vagamente conocido.

Pero aquel vehículo no era el único que había en el país y no le prestó la menor atención. Abrió la puertecita de madera y se echó a un lado, para que Fay entrase en el jardín. Luego caminó junto a la muchacha, hasta que llegaron a la puerta del edificio.

Lloviznaba. Los alrededores de la residencia se veían absolutamente desiertos. Dayne tuvo que repetir la llamada, sin que nadie le contestara.

Extrañado, se disponía a abrir por su cuenta, cuando, de súbito, ovó el chasquido de la cerradura. La alta figura de Nydya apareció ante los ojos de los dos jóvenes.

—Ah, es usted —sonrió Nydya.

Dayne respingó. Por un instante, no supo qué decir.

Pero reaccionó muy pronto.

—Nydya, ¿quién era el hombre que vino anteayer, cuando usted danzaba en honor de Madre
K'Wathi
?

Una indefinible sonrisa apareció en los labios de la muchacha de color.

—¿Le pareció interesante la ceremonia? —preguntó.

—A Madre
K'Wathi

le gustan los sacrificios humanos, opino —dijo él.

—Depende de las circunstancias… ¿Por qué ha venido usted aquí, en compañía de la recepcionista de *madame* Trellax?

—Queremos hablar con el profesor Forrester —dijo Fay.

—Muy bien. Está aquí. Entren, se lo ruego.

Nydya se apartó a un lado. Dayne titubeó. La aparente mansedumbre de la joven de color le daba muy mala espina. Presentía algo raro, siniestro… y no acertaba a adivinar qué podía ser.

—Aquella puerta, por favor —indicó Nydya.

Dayne y la muchacha avanzaron a través del amplio vestíbulo. Dayne abrió la puerta y, en el mismo instante. Fay lanzó un grito de horror.

Detrás de ellos sonó la voz de Nydya
S'Hombo
, fría, glacial:

—Les estoy apuntando con un revólver. Si alguno de los dos incumple mis órdenes, dispararé sin vacilar.

* * *

Había un hombre semidesnudo, atado a sendas argollas encastradas en la pared, tal como Dayne lo había estado cuarenta y ocho horas antes. El individuo contaba unos cincuenta y cinco años de edad, era de regular complexión y su abundante cabellera estaba casi completamente blanca.

—Ahí, a la izquierda, verán dos sillones —añadió Nydya—. Siéntense y permanezcan inmóviles en todo momento.

Fay estaba llena de terror. Dayne agarró una de sus manos, para infundirle ánimos.

—Venga —dijo.

Una vez que hubieron tomado asiento, Nydya les miró sonriendo de una manera muy especial.

—Van a presenciar algo que no han visto nunca y que no habrían creído, de haberlo oído de los labios de otra persona —dijo.

—¿Ese hombre es Forrester? —preguntó Dayne.

Nydya hizo un gesto de aquiescencia. De repente, Dayne sintió que alguien pasaba una cuerda por delante de su cuerpo.

La persona que se hallaba a sus espaldas le ató fuertemente al

sillón. Fay fue atada momentos más tarde.

—Aguarden unos segundos —pidió Nydya.

Dayne tenía los labios prietos. Presentía una bárbara ceremonia, tal vez un horrible sacrificio humano a una sangrienta deidad… Forrester continuaba inconsciente.

De repente. Nydya se acercó al prisionero.

—Doctor Forrester, ¿dónde está el Ojo? —preguntó.

—No lo sé… Yo… no quería que lo quitasen de su lugar… Rossiter Mac Leod dijo que… debía venir a Inglaterra…

—Se le dijo que sólo usted podría entrar en el templo de Madre K'Wathi. ¿Por qué desobedeció la orden?

—En interés de la ciencia…

—¡La ciencia! —repitió Nydya burlonamente. De repente, hizo un gran ademán con el brazo derecho—. ¡Ahora sabrás lo que ocurre a quienes causan el enojo de Madre K'Wathi! —clamó.

La estancia era espaciosa. En un rincón había un gran brasero, con unos carbones encendidos. Nydya arrojó en las brasas un puñado de polvo. Un intenso olor se expandió inmediatamente en la atmósfera, junto con una fuerte columna de humo blanco.

El humo se elevó hacia lo alto, pero el olor persistió. Fay empezó a sentir mareos y vértigos. Dayne se percató de que su mente podía resultar influenciada, como lo había sido dos días antes.

Pero, ante su asombro, no fue Nydya la que comenzó aquella bárbara danza, sino Dinorah Everton.

Dinorah apareció de repente, ataviada de la misma forma que Nydya dos días antes. Tenía los ojos entrecerrados y se movía como sujeta a una poderosa voluntad, que dominaba y anulaba la suya por completo.

Nydya contemplaba la escena con avidez morbosa. Fay quería gritar, pero se daba cuenta de que sería inútil. En cuanto a Forrester, parecía ajeno a cuanto le rodeaba.

De súbito. Dinorah empezó a transformarse en una serpiente.

Fay lanzó un chillido.

—¡Silencio! —gritó Nydya.

—Calma —dijo Dayne—. Es todo ilusión.

Nydya lanzó una risa baja, estremecedora. De repente, se acercó al prisionero y, por medio de una llavecita que tenía guardada en el escote, lo libró de sus argollas.

Forrester permaneció inmóvil, sin dar señales de reaccionar. Entonces, horrorizado. Dayne se percató de que Dinorah, ya una serpiente, se acercaba reptando hacia el explorador.

Nydya agitó una mano. Un vivísimo relámpago brilló en la estancia. Deslumbrado, Dayne cerró los ojos un instante.

Cuando los abrió, observó estupefacto que el tamaño de la serpiente había aumentado de forma increíble. El animal se acercó al inmóvil Forrester, lo envolvió en sus anillos y su cabeza se puso al nivel de la de su presa.

Súbitamente, se abrieron las fauces de la serpiente. La cabeza de Forrester desapareció enteramente en su interior.

Fay perdió el conocimiento. Dayne se preguntaba si lo que estaba viendo era un sueño o la realidad.

Forrester no se resistía en absoluto. Mansamente, se dejaba devorar por la gigantesca serpiente pitón, que había derribado ya a su presa al suelo. Haciendo fortísimas contracciones, la serpiente consiguió que los hombros de Forrester pasaran por sus fauces.

Lenta pero inexorablemente se consumó la tragedia. Fay recobró una vez el conocimiento, pero volvió a perderlo al ver que ya sólo asomaban fuera del reptil los pies del científico.

Minutos más tarde, un gigantesco reptil, de más de doce metros de largo, yacía inmóvil en el suelo de la estancia, con un colosal abultamiento en su parte central, único rastro visible de la presa devorada. Dayne se sentía mareado, a punto de vomitar.

Nydya se puso delante de ellos, con las manos en las caderas, sonriendo perversamente.

—¿Les ha gustado? —preguntó.

Dayne procuró mantener la serenidad.

—A menos que tengan otras serpientes pitón en la casa, lo cual dudo, no creo que nos destine a nosotros la misma suerte —dijo.

—No, sino todo lo contrario. Morirán de una muerte muy corriente en Inglaterra, como mueren miles de personas al año, unas voluntariamente y otras por accidente. La policía llegará y se encontrará con que dos visitantes sufrieron una mortal intoxicación

por gas…

—¿Qué explicación dará la policía a la muerte del profesor?

Nydya sonrió sibilinamente.

—La encontrarán, no les quepa la menor duda —contestó.

Y, de súbito, sacó algo de detrás de su espalda, que había escondido hasta entonces su mano derecha.

Fay recibió en plena cara un chorro de gas. Dayne corrió la misma suerte instantes después.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, Dayne abrió los ojos.

Aspiró con precaución. El olor a gas era ya muy intenso.

Empezó a forcejear con las cuerdas. Dayne se percató de que el gas continuaba inundando la casa. Tal vez no tendría tiempo antes de…

Súbitamente, hizo un esfuerzo hacia arriba. Las cuerdas se deslizaron por el respaldo del sillón y pudo ponerse en pie. Unos segundos más tarde, desataba a la muchacha, que yacía completamente inconsciente.

Abrió las ventanas de par en par para que entrase el aire puro y corrió a la cocina. Cerró las espitas de gas. Abrió aún más ventanas. Respiró muchas veces para limpiarse los pulmones de gas nocivo.

Luego regresó a la estancia. Fay empezaba a revivir. Dayne se sintió contento al saber que la joven no había sufrido ningún daño.

La enorme serpiente continuaba todavía en el mismo sitio, inmóvil, en el proceso de digestión apenas iniciado. Dayne, terriblemente preocupado, se preguntó cómo había podido Dinorah transformarse en aquel horrible reptil.

Al cabo de unos instantes, buscó el teléfono. Era imperativo llamar a la policía.

* * *

—Es curioso —dijo Fay al día siguiente—. Yo creí que Forrester era sólo antropólogo y arqueólogo, pero no biólogo.

—Tal vez fue un capricho suyo —apuntó Dayne—. El caso es que se había traído a aquella monstruosa serpiente desde África y, por extraños procedimientos, la hizo aumentar de tamaño inconcebiblemente. Aunque sea una poco agradable comparación, la engordó, como se engorda hoy a los pollitos en las granjas, es

decir, artificialmente.

Fay volvió la cara a un lado.

—No diga usted eso o tendré que dejar de comer pollo para el resto de mis días —se quejó.

—Es preciso encarar la realidad, Fay —dijo el joven sensatamente—. Aparentemente, Forrester murió devorado por su propia criatura. Hace ya más de tres años que se realizó la expedición al país de los wyambas. ¿Por qué todos esos crímenes ahora, cuando ya ha pasado tanto tiempo?

—Usted lo dijo; hay una joya, un botín…

Dayne entrecerró los ojos.

—¿Sólo por eso? —murmuró, dubitativo.

—Dígame otros motivos, por favor —pidió ella.

—Lo siento, no se me ocurre ninguno. Pero una de las cosas que están fuera de toda duda es la complicidad de Dinorah Everton.

—Es una dama altamente respetable, rica, muy considerada en la alta sociedad.

—Pero también es un ser humano. Y quizá, aunque tenga muchas joyas, o las pueda comprar, que da lo mismo, ambiciona especialmente el Ojo de la Suprema Luz, que alguien arrancó a la estatua de la Madre
K'Wathi
.

Fay se estremeció.

—Una deidad que exige sacrificios humanos —murmuró.

—Hay algo más que el culto de una religión bárbara y sanguinaria, pero no se me alcanza —insistió Dayne—. De todos modos, voy a ver si averiguo algo.

—¿Cómo?

—He hablado esta mañana con mi jefe. El caso Evans se ha solucionado.

—¿Sí? ¿Satisfactoriamente?

Dayne sonrió.

—La esposa díscola ha vuelto al redil —dijo.

—Vaya, me alegro. Linda ha comprendido que su esposo la ama…

—Y también ha comprendido que no hay muchos como su marido que puedan sufragar sus gastos. El atractivo señor Rawson

no tiene un penique y Linda se ha convencido de que, entre otras cosas, buscaba su dinero. Así que el señor Evans ha pagado las mil libras convenidas, de las cuales me han correspondido doscientas cincuenta. Entre eso y el sueldo del mes, voy a investigar por mi cuenta. He pedido unas vacaciones y mi jefe se ha mostrado benévolo y condescendiente. Evans está contento con nosotros y mi jefe no olvida que el esposo de Linda es un cliente muy satisfactorio.

—Está bien —dijo Fay—. ¿Por dónde piensa empezar usted?

—Por Dinorah Everton.

Ella respingó.

—¿Va a verla?

—Sí.

—Pero… puede ocurrirle algo…

Dayne meneó la cabeza.

—¿En su casa, en uno de los sitios más céntricos de Londres? Dudo mucho de que allí se hagan sacrificios a la Madre
K'Wathi

.

Dayne se puso en pie. Fay hizo un gesto con la mano.

—Terry, dígame, ¿cómo se libró usted de los efectos del gas narcótico? —inquirió.

—Nydya se lo aplicó a usted antes que a mí. Usted estaba desmayada y por lo tanto, no sabía que quería matamos con el gas casero. Por tanto, quería que muriésemos en estado de inconsciencia. Entonces, cuando vi que se acercaba a mí, contuve la respiración. Algo de gas pasó a mis pulmones, pero mi estado de inconsciencia duró solamente tres o cuatro minutos, lo suficiente para librarme de las cuerdas.

Fay hizo un gesto de admiración con la cabeza.

—Fue una suerte, desde luego —comentó.

—No lo sabe usted bien —rió él, a la vez que se dirigía hacia la puerta.

# CAPITULO VIII

El mayordomo de piel de ébano miró inquisitivamente al visitante.

—Perdón, señor —dijo—. No sé si la señora podrá…

Dayne sonrió con suficiencia.

—Amigo mío, usted conoce mi nombre. Anúncieme a la señora y dígale que me siento muy quejoso con ella, por no haberme llamado, tal como me prometió la última vez que estuve conversando con ella.

—Está bien, señor.

Dayne aguardó unos momentos en el espacioso vestíbulo. De pronto, se oyó la voz de Dinorah:

—Mi querido amigo, cuánto siento haberle hecho esperar…

Dinorah avanzó hacia el visitante, tendiéndole una mano que emergía de una aparatosa nube de encajes de color púrpura. Dayne se inclinó para besarla y luego, irguiéndose, sonrió:

—Sólo por este momento, vale la pena haber esperado tanto —dijo.

Dinorah entornó los párpados, pesadamente recargados, y sonrió también.

—Venga, querido —dijo con acento lleno de afecto—. Tomaremos una copa juntos. O lo que usted prefiera, claro. Sehitt —se dirigió al mayordomo—, puede retirarse; yo atenderé al señor Dayne. Incluso puede tomarse la tarde libre, si le apetece.

—Bien, señora —se inclinó el sirviente.

La mujer se colgó del brazo de Dayne.

—Venga, por favor —dijo, con su acento más insinuante.

Dayne pensó que Dinorah era una mujer consciente de su propia hermosura y que sabía hacerla realzar con la indumentaria adecuada al lugar y circunstancias. Aquella masa de fino tejido púrpura hubiera cabido en el hueco de una mano y permitía ver al trasluz las esculturales líneas del cuerpo de su bella anfitriona.

Dinorah llenó dos copas y le ofreció una.

—¿Y bien? ¿Cuál es el motivo de su visita, amigo mío? —preguntó.

—La última vez hablamos de un intercambio de mensajes, señora —contestó él.

—Oh, pero eso se ha acabado ya. Se trataba de una aventurilla sin consecuencias. No sé si fue él o fui yo; el caso es que… el asunto concluyó. Nos hartamos el uno del otro.

—Yo nunca me hubiera hartado de usted, señora. Nunca me cansaría de contemplar su belleza.

—No habla en serio —murmuró Dinorah.

Dayne dejó la copa a un lado. Luego avanzó hacia Dinorah y la abrazó con fuerza.

Ella echó el busto hacia atrás.

—Tan impulsivo como la otra vez —dijo.

—Conmigo no harían falta mensajes secretos. Bastaría una llamada telefónica cada vez que…

Besó a la mujer. Dinorah no se resistió. De repente, elevó los brazos y rodeó el cuello de Dayne. Apretó casi convulsivamente. Durante unos instantes, el joven tuvo la sensación de que Dinorah iba a convertirse en una gigantesca serpiente pitón, tal como lo había visto en casa del doctor Forrester.

Pero el cuerpo que tenía entre sus brazos era el de una hermosa mujer, un cuerpo cálido y palpitante de vida.

—¿Te enteraste de la muerte de Forrester?

Dinorah llenaba la segunda copa y alzó los ojos hacia el joven.

—¿Por qué mencionas ese nombre? —preguntó.

—Estoy investigando la conducta de una cliente —mintió él—. Mis pesquisas me llevaron hasta la casa de Forrester. Llegue justo cuando había sido devorado por la pitón. Yo fui el que avisó a la policía —lo que no era ninguna mentira.

—He sentido mucho lo que le pasó al pobre Forrester —declaro Dinorah, a la vez que se sentaba junto a su huésped—. Yo financié en buena parte su expedición científica. Había sido gran amigo de mi difunto esposo y fue en memoria de éste por lo que le ayudé a su viaje al país de los wyambas.

—Ah, yo creí que tú también habías formado parte de la expedición.

Dinorah sacudió la cabeza.

—Lo siento. El exotismo me gusta, pero con comodidades. Detesto las tiendas de campaña, las comidas cocinadas al aire libre, los mosquitos, las bestias de la selva… Todo eso se puede ver proyectado en películas tan vivas como la realidad. Di el dinero que pude y nada más.

—Está bien, si piensas así. ¿Qué sabes de la expedición?

—Terry, querido, ¿investigas a una sospechosa o me investigas a mí?

—He leído los libros publicados sobre esa expedición, pero me gustaría conocer algunos detalles que no han sido divulgados. Si no te molesta, claro. —Dayne hablaba con la verdad en los labios: había comprado todos los libros y publicaciones referentes a la expedición de Forrester. Pero, como acababa de decir, presentía que había cosas que sólo eran conocidas de los expedicionarios… y quizá de una parte de los mismos.

—No sé mucho más que tú —contestó Dinorah—. A mí me trajeron algunos objetos típicos, *souvenirs* de la selva —añadió riendo—. Pero creo que no encontraron nada de valor.

Estaba mintiendo, pensó Dayne. Sin embargo, ¿cómo sacarle la verdad, si no tenía dotes de hipnotizador?

De pronto, reparó en el misterioso bastón con figura de serpiente, que yacía sobre una consola de mármol, bajo un espejo enmarcado con una gran cornucopia.

—Ése es uno de los *souvenirs*, ¿verdad?

Dinorah asintió.

—Típico, pintoresco, muy bonito… —contestó, displicente.

—¿Conocías a Wolsey y a Showrell?

—Superficialmente. Pobres, murieron de una forma espantosa.

—Lo dijeron los periódicos.

—Sí.

Dayne pensó que Dinorah era endiabladamente lista y que no quería soltar prenda acerca de cosas que sabía de sobra. Tendría que obligarla a que se confiara, a que se cuartearan sus defensas…

Volvió a besarla. Ella se rindió de nuevo.

Al cabo de unos momentos, con una risita, dijo:

—Voy a arreglarme el pelo un poco, querido. Estoy hecha un adefesio.

—De cualquier forma, tú siempre apareces hermosa —contestó él, galante.

Dinorah desapareció. Entonces, el joven se puso en pie y se acercó a la consola.

La serpiente yacía allí, con sus ojos rojos brillando perversamente, como si fuesen los de un animal vivo. La boca con los colmillos afiladísimos, ligeramente curvos, parecía presta a atacar en cualquier momento.

Acometido por un súbito impulso. Dayne tomó el bastón. Sabía que los reptiles tienen la piel fría, pero la de aquella serpiente le pareció cálida.

Viva.

De repente, el reptil cobró vida y, en fracciones de segundo, se enroscó en el brazo de Dayne.

Helado de terror, el joven contempló el lento avance de la serpiente. A cada vuelta, su cabeza aparecía y desaparecía, pero cada vez que se hacía visible, estaba más cerca del hombro.

Y un poco más arriba estaba su cuello, desnudo, indefenso, listo para recibir la letal mordedura del reptil. Unos minutos de indescriptible sufrimiento y todo habría acabado. Como sucedió con Wolsey y Showrell.

La lengua de la serpiente asomó por su boca, agitándose malignamente. Su cabeza estaba ya a la altura del hombro.

De repente, se oyó un agudo grito.

Dayne, incapaz de moverse, convertido en una estatua por una fuerza superior a la suya, vio que la serpiente se desenroscaba instantáneamente y volvía a convertirse en un bastón, que cayó al suelo con ruido seco.

* * *

Fuera de la sala se ovó una voz destemplada, que hablaba en un idioma exótico. A pesar de que había reaccionado un tanto, Dayne no se atrevía a moverse.

El bastón continuaba en el suelo. Temía que si lo cogía para devolverlo a la consola, volviese a cobrar vida de nuevo y se conviniese en una serpiente por segunda vez.

Una voz de mujer contestó a la del hombre. Dayne se acercó a la mesita de los licores y se sirvió una copa, que despachó de un solo

trago. Fuera, la discusión continuaba, muy áspera y enconada, aunque cesó a los pocos instantes.

Dinorah entró de pronto en la sala. Dayne se volvió.

Ella aparecía muy pálida, con el rostro lleno de una lividez espectral, a pesar de lo cual sonreía.

—Lamento haber tardado tanto —se disculpó.

—No tiene ninguna importancia —contestó Dayne quien, a pesar del licor ingerido, tenía la segundad de estar tan pálido como Dinorah.

Y llenó una copa para ofrecérsela a ella, pero Dinorah la rechazó con un gesto.

—No, gracias.

El tono de la mujer era ahora un poco frío y distante. Dayne comprendió que debía dar por terminada la entrevista.

—Oh, dispensa —exclamó—. Tu bastón está en el suelo.

Antes de que ella pudiera evitarlo, se acercó, dominando el miedo que sentía, y lo dejó de nuevo sobre la consola. Al tocarlo, advirtió frialdad y dureza en su envoltura de piel.

Pero los colmillos en la mandíbula protuberante superior…

Impregnados de veneno, un golpe con el bastón podía matar a una persona. Y no podía olvidar que, en las muertes de des hombres, Dinorah había estado muy cerca.

Con el bastón en la mano.

Sonrió al volverse hacia ella.

—Ha sido una velada sumamente agradable —declaró—. ¿Cuándo quieres que vuelva?

—Yo te llamaré por teléfono, Terry.

—Procura que sea pronto. No te retrases tanto como… Bueno, en realidad no me has llamado; he tenido yo que acudir.

—Es cierto y lo siento. Pero ya no ocurrirá, querido.

Terry se inclinó y besó la mano que ella le tendía. Luego se dirigió hacia la salida.

Sehitt, el mayordomo, estaba en la puerta.

—Tenía entendido que la señora le había concedido la tarde libre —dijo Dayne.

Había un resplandor especial en los ojos del mayordomo.

—Había otras cosas que hacer en la casa —contestó—. El señor, sin embargo, me permitirá darle un consejo.

—Hable. Sehitt —condescendió el joven.

—No vuelva más por la casa. A la señora no le convienen ciertas visitas que… la perturban considerablemente.

—No he visto perturbada a la señora, sino todo lo contrario.

—Ruego al señor siga mi consejo —insistió Sehitt.

Dayne miró fijamente al mayordomo. La educada voz de Sehitt no lograba ocultar el tono imperativo de sus palabras.

«Hablando claramente, me dice que no vuelva más por aquí», pensó.

—Sehitt, si la señora me llama, volveré —se despidió, con la mejor de sus sonrisas.

Pero no pudo contener un estremecimiento al dar el contacto de su automóvil. La serpiente repentinamente viva, dispuesta a lanzar su mortífera mordedura, ¿había sido una alucinación o un hecho real?

En todo caso, una cosa era cierta: el miedo que había pasado.

* * *

Fay escuchó sin pestañear la relación que Dayne hizo de su aventura en casa de Dinorah, de la que el joven omitió algunos detalles con toda deliberación. Al terminar, ella dijo:

—¿Está segura de que el licor que le sirvió no contenía alguna droga?

—¿Por qué iba a drogarme, Fay?

—Ella es una asesina, Terry. Sabe que usted la sigue de cerca y quiere deshacerse de un posible enemigo.

—Oh, vamos, Fay…

—Estaba en casa de Forrester. Bailó esa terrible danza y, aunque los dos sufrimos una alucinación y la vimos convertirse en una pitón, lo cierto es que Forrester murió de una manera espantosa. Creo que Dinorah se ocultó cuando ya tuvo la seguridad de que la creíamos una serpiente y que contempló la escena desde algún otro sitio de la casa.

—Fay, ¿qué me dice de Nydya?

—Su cómplice —dijo la chica sin titubear.

Dayne meneó la cabeza.

—Su cómplice —repitió, dubitativo.

—Terry, cada vez estoy más convencida de ello. Los

expedicionarios, o por lo menos algunos de ellos, robaron alguna valiosa joya. Usted ya sabe el valor que los creyentes confieren a determinados objetos. Para los ladrones ese valor puede ser artístico o simplemente monetario; pero para un wyamba, el valor del Ojo es muy distinto y, por supuesto, infinitamente superior.

—Supongamos que es una joya, Fay. ¿Dónde está?

—Escondida en alguna parte. Unos lo saben y otros no, y los que no lo saben tratan de forzar a los otros a que digan dónde está el Ojo. O viceversa, puede ocurrir el caso contrario: los que lo saben no quieren que los otros les disputen el botín.

—Y los asesinan.

—Exacto.

—Y… ¿a nosotros?

—Somos unos intrusos en el juego. Yo no hubiera tomado parte en él, de no haber sido por usted, porque nunca se me hubiera ocurrido mirar en la pata del sillón, donde se intercambiaban los mensajes. Pero ahora ya estoy metida de lleno en el asunto.

—¿Piensa seguir?

Fay sintió un escalofrío.

—Me advirtieron que no siguiera —dijo—. La caja con la mamba negra… Pude morir, pero quizá sólo trataban de avisarme.

—En tal caso, no continúe. Seguiré yo solo.

—¡No! —exclamó ella impulsivamente—. Iré con usted hasta donde llegue, aunque, por cierto, aún no sé…

—Me gustaría hablar con los miembros supervivientes de la expedición —confesó Dayne—. Se les han hecho entrevistas por radio, televisión y en los periódicos, pero todos ellos se han mostrado ignorantes de lo que sucede y, por supuesto, poco dados a creer en una venganza misteriosa. Pero es preciso pensar que callan mucho más de lo que dicen.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Fay—. ¿Por quién piensa empezar?

—Ronnie Hellan fue de los miembros más conspicuos de la expedición Forrester. Además, venía a consultar a *madame* Trellax… y a intercambiar mensajes.

Fay sonrió.

—*Madame* Trellax —murmuró—. Es cierto que me proporciona mucho dinero, pero estoy empezando a pensar en cambiar de oficio.

—¿Qué hará entonces? —preguntó él.

—No lo sé. —Fay se encogió de hombros—. Me tomaré unas largas vacaciones, quizá monte algún negocio decente… Ya veremos, Terry.

—Sí, como quiera. Está bien, voy a intentar ver a Hellan.

Fay se puso en pie al mismo tiempo que el joven.

—Aguarde unos minutos. Voy a cambiarme de ropa; quiero ir con usted —decidió.

Dayne aguardó en la sala. Cuando ella volvió, la miró críticamente de arriba a abajo.

—Está muy guapa —elogió.

Fay se ruborizó.

—Cuatro trapitos de nada…

—A una figura como la suya, cuatro trapitos la convienen en algo excepcional, créame.

Ella se echó a reír. Salieron a la calle y subieron al lujoso deportivo, que Fay en persona se encargó de conducir.

—Este coche es otro de los motivos que le indujo a sospechar de mí, ¿no es verdad? —dijo, a poco de arrancar.

—*Madame* Trellax era una señora moderada, llena de mesura. Debía de usar un coche mayor, más grande, con chófer…

—Cierto. Vendí el coche, despedí al chófer y compré éste. Quizá cometí una imprudencia, pero no podía soportar el automóvil viejo.

—Los vecinos, quizá, se extrañarían de no ver a *madame* Trellax.

—Ella murió estando de vacaciones; al menos, ése fue el pretexto que dimos. Mi tía era impedida ya desde hacía muchos años, por lo que prácticamente no salía a la calle. El coche y el chófer eran gastos inútiles.

—Lo cual quiere decir que nadie ha sospechado de la impostura.

—Mi tía falleció de muerte natural y no en su casa, precisamente. Sólo me tenía a mí como única pariente y me nombró su heredera, como usted ya sabe. Hacía mucho tiempo, repito, que no salía a la calle y la gente de la vecindad, que no entraba en casa, continúa creyéndola impedida. Recuerde el truco de las cortinas y el sillón deslizante.

—Sí, es cierto.

—Todo eso lo ideó ella, no sólo para impresionar a los clientes, sino porque tampoco se podía mover apenas. En cuanto a

desempeñar yo su papel… bien, no robo, ni asesino… La ley no tendría nada en mi contra. El fallecimiento de mi tía se registró de un modo legal, como Ann Bates, que era su verdadero nombre. Por tanto, no hay nada de qué acusarme.

—Eh, que yo no la acuso —rió Dayne—. Simplemente, quería saber algunos datos, para ayudarla si era necesario.

—Mi tía era una mujer excelente —dijo Fay con voz evocadora —. No sólo me trajo con ella, cuando murieron mis padres, sino que se preocupó de mi educación. Y supo ser valiente cuando los médicos la enteraron de la inexorabilidad del diagnóstico.

—Lamento haber traído a colación este asunto…

—No se preocupe, no ha tenido importancia.

Callaron durante unos momentos. Luego reanudaron la conversación, dirigiéndola hacia el tema que tanto atraía su interés en los últimos tiempos. De pronto, cuando ya llegaban a las inmediaciones de la casa de Hellan, Dayne lanzó una exclamación.

—¿Qué pasa? —preguntó Fay.

—Ese coche…

La joven estaba muy preocupada en estacionar el suyo y apenas pudo entrever a lo lejos un automóvil negro que se mezclaba en el intenso tránsito de la zona.

—¿Había alguien conocido en el automóvil? —preguntó, en el momento de apretar el freno de mano.

—Por Londres suelen verse bastantes «Rolls» negros. Pero ya es casualidad que este que he visto yo, arrancase de aquí, justo cuando nosotros estábamos a punto de llegar.

Dayne saltó a la acera. Fay se reunió con él en el acto. Ambos miraron a lo lejos. El «Rolls» negro había desaparecido ya.

De repente, Dayne se sintió acometido por un negro presentimiento.

—¡Vamos! —dijo con voz sorda.

La puerta de la casa se hallaba a un par de metros sobre la calle. Subieron los escalones y tocaron el timbre. Una mujer de cabellos entrecanos y mirada poco amistosa les preguntó que deseaban.

—Ver a míster Hellan —contestó Dayne.

—Segundo piso, puerta de la derecha. Límpiense los pies en el felpudo o me pondrán perdida la alfombra —añadió la mujer con un gruñido, al que siguió un eructo nada disimulado.

Fay volvió la cabeza a un lado. El aliento de la mujer hedía a ginebra barata.

—No he querido encender un cigarrillo —dijo Dayne, cuando ya estaban en el rellano del primer piso—. Si lo hago, prendo fuego a la casa.

Fay emitió una sonrisita de circunstancias. Segundos después, llamaban a la puerta indicada.

Nadie les contestó. Dayne se arriesgó a hacer girar el pomo.

—Hellan —llamó a media voz, asomando cautamente la cabeza.

El silencio en el interior del piso era absoluto. Dayne empujó la puerta un poco más y avanzó unos pasos dentro de la casa. Fay le seguía temerosamente.

El vestíbulo era muy pequeño. Dayne abrió la siguiente pieza y se encontró en una sala de buenas dimensiones. Adosada a uno de los muros divisó una extraña figura.

Fay lanzó un gritito al verla. El aspecto de la figura era atractivo y repulsivo al mismo tiempo, por el bárbaro arte con que había sido elaborada muchísimo tiempo antes. Fay se dijo que por nada del mundo tendría un objeto semejante en su casa para adornar una estancia.

Tratábase de una escultura, de madera negra, que representaba a una serpiente erguida, como si se dispusiera a atacar. La escultura era muy primitiva y sus contornos deformes, muy amplios, con una enorme cabeza que se alzaba a casi tres metros del suelo y un cuerpo enormemente ventrudo, en cierto modo parecido al de una tortuga gigante, aunque más alargado.

La serpiente se sostenía sobre la cola doblada hacia atrás, pero también por un par de cables discretamente situados por detrás y sujetos al muro, lo que le proporcionaba una segura estabilidad. El aspecto del monstruo, de madera tallada y pintada en colores de un brillo bárbaro, era horripilante.

Sobre la cabeza, de la que asomaba una lengua toscamente imitada, se veía un enorme cristal de color rojo, grande como el puño de forma semiesférica, aunque con algunas facetas toscamente talladas. El cristal estaba entre los dos ojos, de vidrio igualmente rojo.

—No será un rubí —dijo la muchacha, tras haberse repuesto del susto recibido.

—Claro que no; se trata solamente de un pedazo de cristal coloreado. Pero… ¡vaya souvenir que se trajo Hellan del país de los wyambas!

—Lo menos pesa una tonelada. Terry.

—No tanto. Es muy posible que esté hueca…

De repente, se oyó un ruido extraño en el interior de la fisura. Algo repiqueteaba sordamente contra sus paredes internas.

Fay lanzó un gritito. Dayne frunció el ceño.

—No haga ruido —recomendó en voz baja.

La muchacha trató de contener sus nervios. Presentía algo horripilante, que no sabía ni se atrevía a definir. Dayne dominando su aprensión, se acercó a la estatua.

—Estoy seguro de que es una reproducción del original que representa a Madre
K'Wathi
—dijo.

—La deidad de los wyambas.

—Sí.

Dayne estudió la figura, violentamente pintada en amarillo, verde y rojo, con algunas líneas transversales negras. De pronto, advirtió una raya vertical en su centro que llegaba desde la parte superior de la garganta hasta el pie.

—Esto parece una puerta —musitó.

Si era una puerta, ¿cómo se abría?

Empezó a tantear con la mano a ambos lados de la figura. Golpeó con los nudillos y oyó sonido a hueco.

Dentro de la horrible estatua volvieron a oírse aquellos extraños ruidos.

De pronto, alargando la mano, tocó uno de los ojos de la cabeza. Sonó un chasquido.

El vientre de la colosal serpiente se abrió en dos, como las puertas de un armario. Fay no se pudo contener y lanzo un agudo chillido.

Dayne saltó a un lado, para ver el interior de la estatua. Al otro lado, un hombre, con el rostro ya negro, les miraba con sus ojos desmesuradamente abiertos, en los que se reflejaba una indescriptible angustia.

En torno al cuello del hombre había una serpiente, en todo

parecida al bastón de Dinorah. La serpiente estaba viva y silbaba ominosamente.

De súbito, Hellan se venció hacia adelante y cayó al suelo. Su cuello aprisionó durante unos instantes el cuerpo de la serpiente, lo que aprovechó Dayne para aplastarle la cabeza a taconazos.

# CAPITULO IX

Dayne llenó la taza y se la entregó a la muchacha. Había añadido al té una generosa dosis de *brandy*. Fay no se había recuperado todavía del horror que le había causado la espantosa escena presenciada.

La policía les había hecho numerosas preguntas. Ellos no sabían nada, solamente habían ido a visitar a Hellan para preguntarle por un antiguo conocido, absolutamente imaginario. Dayne había oído ruidos dentro de la estatua que representaba a una colosal serpiente y la había abierto. Ninguno de los dos podía hacerse sospechoso a los ojos de los representantes de Scotland Yard.

Al final de la tarde, habían quedado libres, aunque citados para declarar cuando se celebrase la encuesta judicial correspondiente. En su fuero interno, Dayne tenía la seguridad de que Dinorah tenía mucho que ver con aquellas muertes.

Pero ¿actuaba voluntariamente u obraba al dictado de una fuerza misteriosa que la compelía a matar?

Fay tomó unos sorbos de la infusión. Los colores empezaron a volver a su rostro.

—Cuando se sienta mejor, tomaremos un bocado —propuso él.

Fay meneó la cabeza.

—Ni una miga me pasaría por la garganta —contestó.

—Es preciso ser fuerte. Lo pasado, pasado está, por horrible que sea.

—Hay fiambres en la nevera. Le prepararé algo, pero yo no cenaré…

Dayne tomó el brazo de la muchacha y la hizo ponerse en pie.

—Ande, vamos, debe restaurar sus fuerzas —dijo persuasivamente—. Y no tema ya.

—He pasado un miedo espantoso…

—Tuvimos suerte. Usted estaba lejos de la estatua y la serpiente

quedó sujeta por el cuello de Hellan.

—Terry, dígame, ¿era igual que el bastón de Dinorah?

—Si no era el propio bastón, repentinamente convertido en serpiente —se estremeció él.

—No me hubiera gustado verla enroscarse en mi brazo —dijo Fay, a la vez que alargaba el miembro para abrir la puerta del frigorífico.

Dayne contempló el desnudo brazo de la muchacha. Su vestido carecía de mangas.

—Ya no podría hablar —dijo—. La serpiente subió por mi brazo, enroscada a la manga de la chaqueta, buscando una zona desnuda donde atacar. Lo peor de todo no fue eso, sino que yo no sabía reaccionar; una fuerza invencible me obligaba a permanecer inmóvil, aguardando el ataque del reptil.

Fay sacó unos platos y los puso sobre la mesa.

—Terry, no irá a decirme que la serpiente lo hipnotizó —dijo.

—¿Cómo contestar a algo que ni yo mismo sé? Cogí el bastón para examinarlo y en el mismo instante fue cuando cobró vida. Ya no pude moverme… y habría muerto de no haber sido porque alguien gritó y rompió el hechizo.

—¿Dinorah?

—Sí, y un hombre al que no conozco ni pude ver.

Se sentaron frente a la mesa. Fay abrió sendas latas de cerveza.

—Antes ha hablado de un hechizo, Terry —dijo—. ¿Cree que hay algo de brujería en todo esto?

—Es muy probable. Alguien posee unos poderes sobrenaturales y no los utiliza para el bien precisamente. Pero yo estoy por pensar, sin ser supersticioso, que en el país de los wyambas no sentó bien la expedición científica del profesor Forrester.

—Y alguien trata de vengarse…

—Tal vez, en sí, la expedición no molestó a los wyambas, sino alguno de los expedicionarios y, concretamente, alguna acción que los nativos juzgan indecorosa, si no criminal.

—Por ejemplo, el robo del Ojo de la Suprema Luz.

—Sí, es muy probable.

—Terry, ¿sabe lo que sospecho? El Ojo es el cristal encarnado que vimos sobre la frente de la figura. Tal vez sea el mismo…

Dayne movió la cabeza.

—Opino que no, que se trata simplemente de una reproducción, acaso a tamaño natural —contradijo—. No sé si hay en el mundo rubíes del tamaño del puño, puño de gigante, todo sea dicho; pero, en todo caso, nadie tendría en su casa una joya tan descuidadamente. Al menos, yo no obraría así, Fay.

La muchacha hizo un gesto de aquiescencia.

—A mí me parece que hay una cosa fuera de duda, Terry —dijo.

—¿Sí?

—Madre K'Wathi se está vengando.

—Es una diosa nativa y no existe sino en la mente de sus adoradores. El autor de la venganza, si es tal, no es sino un fanático de esa bárbara deidad.

—Pero no hay venganza si antes no hay provocación, Terry.

—Es cierto —convino él—. Lo que no sabemos de un modo indudable es el hecho que ha motivado la venganza.

—Si el Ojo era una gema de gran valor y la robaron…

—Para los indígenas, tenía el valor de una parte de la deidad. Ahora ésta, al faltarle el ojo, está como amputada de uno de sus miembros. Alguien lo tiene en su poder y tratan de recuperarlo.

—Terry, unos tratan de recuperarlo y otros de quedarse con él. Sería preciso deslindar los campos.

Dayne asintió.

—El mayordomo me preocupa. Sehitt me amenazó claramente si volvía a casa de Dinorah —murmuró—. No entiendo cómo ella no lo despide…

—¿Tiene poder suficiente para hacerlo?

Hubo un momento de silencio. Dayne tomó un sorbo de cerveza.

—Hoy ya es un poco tarde —dijo al cabo—. Mañana mismo iré a ver a Dinorah.

—¿Quiere que le acompañe? —propuso Fay.

—No. Usted siga su vida habitual. Yo vendré a verla después de que haya acabado la consulta.

Fay sonrió de un modo extraño.

—Estoy cancelando visitas —dijo—. Oficialmente, doy la excusa de que necesito unas vacaciones para reposar mi fatigada mente. Pero ya sabe que pienso en abandonar la profesión.

Dayne sonrió también.

—Trate de pensar en cosas alegres —aconsejó—. Por ejemplo, una buena cena para mañana.

—Es una excelente idea —aprobó la muchacha.

* * *

La puerta se abrió, pero, en lugar de Sehitt, el mayordomo de color, fue el chófer quien recibió a Dayne.

—Deseo ver a la señora Everton —manifestó el visitante—. Soy Terry Dayne.

—No está. Ha salido de viaje.

Dayne se quedó parado. Lo que menos esperaba era aquella contundente respuesta.

Repentinamente, se acordó de un detalle. El día de la muerte de Wolsey en plena calle, el chófer había puesto cara de disgusto cuando Nydya pidió a Dinorah que la llevara en su coche.

—Tal vez —dijo sonriendo—, usted sepa dónde ha ido la señora, amigo mío.

Al mismo tiempo que hablaba, enseñaba un billete de cinco libras.

El billete cambió de mano inmediatamente.

—La señora se ha dirigido a su posesión de Droates House —respondió el chófer.

—Usted no ha conducido el coche, a lo que veo.

—No, señor. —El hombre hizo una mueca—. Se encargó ese condenado mayordomo de color, a quien el diablo confunda y se llevé para siempre a sus ardientes dominios.

Dayne soltó una risita.

—Vaya, Tom, parece que usted y Sehitt no simpatizan…

—No, señor, en absoluto. Y si sigo en el empleo, es por el buen sueldo que me pagan. A propósito, señor Dayne, me llamo Joe Lester.

—Encantado, Joe. De modo que usted y Sehitt…

—En confianza, señor Dayne, creo que la señora debería despedirlo. Ese hombre me da miedo. No soy supersticioso ni creo en fábulas…, pero a veces tengo la sensación de hallarme ante un brujo de la selva.

—Oh —dijo Dayne con acento intrascendente—. ¿Qué hace

Sehitt?

—Pues… cosas extrañas Se encierra en su habitación y reza plegarias en un idioma enrevesado… Yo digo que reza, porque me parece que eso es lo que hace… Una vez le sorprendí y estaba arrodillado ante una serpiente… Se puso como una furia y casi consiguió que la señora me despidiese… La señora, sin embargo, es muy buena y consiguió calmarlo…

—De modo que Sehitt rezaba ante una serpiente. Pero no sería viva, Joe.

Lester frunció el ceño.

—Pues verá, señor… Había humo en la habitación de Sehitt… Olía de un modo muy extraño, créame. Ya le digo que apenas si hice asomar la cabeza, pero me mareé y lo vi todo confuso unos instantes. Incluso me pareció ver que la serpiente se movía, pero, de pronto, él se puso a gritar como un loco y casi escapé a la carrera. Después fue cuando vino la bronca, en el vestíbulo, pero la señora supo cortar el incidente, con un tacto exquisito. Sehitt se calmó, pero, desde entonces, él y yo no nos «tragamos», para decirlo de un modo gráfico.

Dayne asintió.

—Comprendo, Joe —sonrió—. El caso es que yo tenía que hablar ineludiblemente con la señora y no sé dónde está Droates House…

Lester se echó a un lado.

—Pase, señor: le haré un pequeño croquis, de modo que no podrá equivocar el camino —dijo—. En confianza, Droates House no me pertenece; de lo contrario, lo vendería inmediatamente. En mi vida he visto una casa más tétrica y, por si fuera poco, situada en un paisaje que no tiene nada de atractivo.

El locuaz chófer tomó papel y lápiz, con los que trazó unas líneas añadiendo, además, algunas indicaciones con palabras escritas. Luego se lo entregó al visitante.

—Aquí tiene, señor Dayne —dijo—. Cuestión de dos horas de viaje, sin demasiadas prisas.

—Joe, es usted una perla —sonrió Dayne—. Siempre le agradeceré este favor…

Los ojos de Lester se entornaron.

—Tenga cuidado, señor —advirtió—. Sehitt no es bueno. Hay

veces, incluso, en que pienso que tiene a la señora bajo sus diabólicos poderes. Trate de ayudarla; ella es muy buena, se lo aseguro.

—No lo dudo en absoluto. Joe, ¿cómo vino a parar Sehitt a esta casa?

—No lo sé, señor; ya estaba empleado cuando ella me tomó a su servicio. Quizá la señora pueda decírselo…

—Tengo la seguridad de que me lo explicará —manifestó Dayne —. Adiós, Joe; ha sido un placer.

—¡Suerte, señor Dayne!

Por la noche, el joven acudió a casa de Fay. Ella le recibió, ataviada de un modo encantador, con un traje azul oscuro que permitía ver unos hombros de perfecta redondez y una espalda sin tacha.

Había una mesa con dos velas encendidas. Dayne arqueó las cejas, gratamente sorprendido.

—Creí que cenaríamos fuera —dijo.

—¿Acaso no le agrada cenar más aquí, lejos del bullicio? —preguntó Fay, sonriendo.

—Por supuesto, pero no me atreví a…

Ella extendió una mano.

—Siéntese —dijo—. Y mientras voy a la cocina, trate de impregnarse del ambiente de esta casa.

—¿Para qué? —Se sorprendió él.

—Hombre, para ver si adivina el menú —rió la muchacha.

Fue después de la cena, en la charla que ambos sostenían sentados en un diván, cuando Dayne mencionó sus propósitos de acudir a Droates House.

—¿Cuándo piensa ir? —preguntó Fay.

—Mañana mismo. Dentro de dos días, recuérdelo, estaremos a 19 de mayo.

—Está bien —dijo la muchacha—. Iremos juntos. Y no se oponga a mi decisión, porque, en tal caso, iría yo sola.

# CAPITULO X

Joe Lester había tenido razón. El paisaje que rodeaba a Droates House era todo menos atractivo. Había vegetación en las colinas, pero eran pocas y reunidas en un pequeño espacio de terreno, hacia el norte de la casa. El resto era un páramo de hierba corta y escasa, grisácea, con algunos brezos que no contribuían precisamente a animar la vista. Sobresalían peñascos limpios y mondos entre la hierba, alisados por los vientos que soplaban casi constantemente en aquel lugar. Un arroyo cortaba en dos el páramo, con su corriente silenciosa y apenas perceptible.

Fay arrugó la nariz al contemplar el panorama.

—No tiene nada de atractivo —dijo—. ¿Por qué está tan pelado?

—Probablemente hace un siglo, tal vez dos, había aquí un bosque extensísimo, que poco a poco fue talado, sin que nadie se ocupara de reponer los árboles cortados con una repoblación medianamente inteligente —opinó Dayne—. La madera pudo ser una fuente de ingresos para el dueño de Droates House, pero arruinó el suelo. Después, el viento y la lluvia arrastraron la tierra fértil y…

—No siga, comprendo —suspiró la chica.

Droates House se alzaba al final de la carretera poco cuidada que seguía el coche deportivo. A causa del mal tiempo, con frecuentes rachas de lluvia, habían echado la capota para proteger la cabina.

Había una tapia con algunos desconchados, que rodeaba un parque escasamente cuidado. Droates House era un caserón de planta y piso, con tejado de pizarra, sin ningún interés arquitectónico. Tenía bastantes ventanas y sus muros se adivinaban recios y sólidos.

Eso era todo, pensó Dayne, mientras conducía el coche a través del sendero que llevaba a la portalada del caserón. Cuando llegaban

ya allí, se abrió la puerta.

Sehitt apareció en el umbral.

—Ahí está el brujo de la tribu —dijo Dayne a media voz—. Cuidado, déjeme hablar a mí.

—Está bien —contestó Fay.

El coche se detuvo frente a la entrada. Sehitt descendió los cuatro peldaños que separaban la puerta del suelo.

—Ustedes no están invitados —dijo, sin más preámbulos.

Dayne trató de sonreír.

—Anúncienos a la señora —contestó—. Sólo ella puede decidir si nos quedamos o nos vamos.

Sehitt vaciló un instante. De repente, la voz de Dinorah se oyó en el interior de la casa:

—¿Quiénes son, Sehitt?

—¡Dinorah, soy Terry Dayne! —Gritó el joven—. Me acompaña una persona conocida. Queremos hablar contigo.

Los ojos de Sehitt despidieron llamaradas de furia. Dayne agarró la mano de Fay y ambos subieron rápidamente las escaleras, pasando junto al despechado mayordomo.

Dinorah apareció en el gran vestíbulo, seguida de un hombre al que tanto Dayne como Fay conocían sobradamente. Era Algy Eardson, uno de los miembros de la expedición Forrester y consultante de *madame* Trellax.

—Terry, querido —dijo Dinorah con la mejor de sus sonrisas—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Conoces al señor Eardson?

Dayne inclinó ligeramente la cabeza.

—Es un placer, señor Eardson —manifestó—. Usted ya conoce a la señorita Bershing.

—En efecto —contestó el aludido con acento impertinente— aunque ignoro los motivos que ha tenido para presentarse aquí.

—Es cierto —dijo Dinorah—. ¿Por qué ha venido ella a mi casa?

Dayne decidió ser evasivo.

—En cambio, no me has hecho esa pregunta a mí —contestó.

—Respóndala, por favor —pidió Eardson, sin abandonar su tono petulante e incluso agresivo.

—Se lo diré a la señora Everton solamente —habló Dayne con frialdad.

—Está bien —dijo Dinorah—. Sehitt, acompañe al señor Dayne y

a la señorita a la biblioteca y sírvales unas copas. Terry, querido, me reuniré con ustedes dos dentro de unos minutos.

—Gracias, Dinorah. Vamos, Fay.

Dayne y la muchacha siguieron al mayordomo y entraron en una vasta estancia, en la que había dos estantes con algunos libros, una larga mesa y varias sillas. El aspecto era más bien pobre, observó el joven, aunque se veía una gran chimenea de piedra, con unos cuantos leños ardiendo sobre los morillos de hierro artísticamente forjado.

Sehitt preparó dos copas, las sirvió y se marchó en silencio. La puerta se cerró con tenue chasquido.

Fay se estremeció.

—Esta casa me da miedo —susurró.

Dayne no contestó. Sus ojos estaban fijos en la mesa, sobre la cual se veía el bastón con figura de serpiente.

Fay también lo vio y se acercó. Dayne cogió su brazo, cuando ella ya lo alargaba.

—No lo toque —dijo.

—¿Por qué no? ¿Tiene miedo de que sea una serpiente viva?

La voz que acababa de oírse era burlona, cargada de ironía. Dayne y Fay se volvieron al mismo tiempo.

Nydya
S'Hombo
acababa de entrar silenciosamente en la estancia. Apoyada en la puerta, con las manos a la espalda, miraba a la pareja con sonrisa de burla.

* * *

—Terry, ¿cómo consiguió escapar al gas? —preguntó Nydya, después de unos instantes de silencio.

—Usted cometió un error —contestó él.

—¿Sí? Dígame cuál, por favor.

—Narcotizó a Fay antes que a mí. Ella estaba desmayada y no pudo contener la respiración.

Nydya le dirigió una mirada de asombro y admiración.

—Usted sí la contuvo —dijo.

—En efecto.

—Pero yo le dejé dormido…

—Por muy poco tiempo, ya que apenas entró gas narcótico en mis pulmones. Desperté unos minutos después, cuando el gas de la cocina apenas si había empezado a entrar en nuestros pulmones.

—Debí haber esperado —manifestó la joven de color—. Pero tenía algo urgente que hacer, aunque, por supuesto, pensaba volver más tarde, para desatarlos…

—Y así hacer que nuestra muerte apareciese accidental.

—No pudo ser —suspiró Nydya—. Pero ustedes se desataron.

—Las ligaduras no estaban hechas por un experto.

—Comprendo.

—Fue Dinorah quien nos ató.

Nydya sonrió.

—¿Por qué se ha puesto frente a nosotros? —preguntó.

—¿Y por qué había de ponerme a su lado? Han cometido crímenes…

—¡Fue justicia! —gritó Nydya.

—Una justicia muy particular, en todo caso.

—Se llevaron algo que pertenecía a nuestro pueblo. ¿Por qué lo hicieron? No es una joya…

—Se trata de un rubí colosal, Nydya. No justifico el robo e incluso lo repruebo, pero eso sí lo explica —dijo Dayne.

Una rara expresión apareció en los labios carnosos de la muchacha de color.

—Una joya —musitó—. Terry, usted y la chica no debieran haber venido aquí.

—Dinorah nos recibirá y nos explicará todo —alegó él.

—No —dijo Nydya—. No les dirá nada.

Dayne frunció el ceño.

—¿Quiere explicarse de una vez? —pidió, impaciente.

—Lo siento. Han cometido un error. No pueden ver lo que va a suceder aquí.

De pronto, Nydya se movió, separando su espalda de la puerta. Una pistola apareció en su mano.

—Tendrán que obedecer mis órdenes —dijo.

Dayne se fijó en el arma, de aspecto un tanto raro. Comprendió que no se trataba de una pistola auténtica y decidió pasar a la acción.

Retrocedió un paso. Alargó la mano y se apoderó del bastón,

empuñándolo por el extremo próximo a la contera.

—Vamos, Nydya, dispare —a la vez que enarbolaba el bastón—. En el momento en que apriete el gatillo, yo le daré un golpe con la cabeza de esta serpiente.

El rostro de Nydya expresó el más vivo terror. Dayne avanzó hacia ella. La acción de la pistola de gas narcótico, estaba seguro, no sería instantánea.

Nydya retrocedió. Dayne continuó su avance.

—Vamos, hable —exigió él.

De súbito, Nydya dio media vuelta, abrió y salió huyendo. Pero tuvo tiempo de cerrar la estancia con doble vuelta de llave.

Fay respiró aliviada.

—Menos mal que se ha ido —dijo—. Terry, ¿es posible que este bastón le cause tanto miedo?

Dayne contempló especulativamente la cabeza de la serpiente. De súbito, creyó encontrar la solución.

—Tenía motivos para sentir miedo —contestó—. La pistola que empuñaba lanza gas narcótico, pero la acción del gas nunca es fulminante. Y si ella hubiera disparado, yo le habría alcanzado con el bastón… por ejemplo en el cuello desnudo.

—¿El cuello? —repitió Fay, extrañada.

—Sí, y los colmillos de esta serpiente se habrían hundido un centímetro o dos en su carne. Aguarde un momento, voy a explicárselo gráficamente.

Dayne miró a su alrededor. De repente, se acercó a la cortina de una de las ventanas.

—Fay, traiga una silla.

Ella obedeció. Dayne apoyó la cortina en el borde superior del respaldo, doblándola varias veces sobre sí mismo.

La cortina era de color rojo oscuro. Dayne puso la cabeza de la serpiente sobre el tejido, de modo que las afiladas puntas de los colmillos rozaran el tejido.

De pronto, golpeó hacia abajo.

Los colmillos se hundieron en la tela. Dayne los retiró un segundo después.

Asombrada, y también horrorizada, Fay vio las marcas triangulares de los colmillos en el tejido. Pero también vio unas manchas de algo que parecía líquido de un color rojo, mucho más

oscuro que el de las cortinas.

—¡Veneno! —exclamó, aterrada.

Dayne retiró la cabeza de la serpiente y la contempló con toda atención durante unos momentos. Luego cogió un libro de la biblioteca y apoyó su cubierta dura en los colmillos.

Hizo presión, pero no sucedió nada. De pronto, creyó comprender.

Arrancó unas cuantas hojas del libro e hizo que Fay las sostuviera tensas con ambas manos. A continuación, apoyó una vez más los colmillos de la serpiente en el papel.

Los colmillos perforaron parcialmente las hojas, aunque se replegaron un tanto hacia la mandíbula de la serpiente. Pero dos finas agujas de metal, todavía impregnadas de veneno, sobresalieron de las puntas de los colmillos.

—¿Lo entiende ahora, Fay? —preguntó.

—Sí —dijo la muchacha, estremecida de horror—. Los colmillos penetran un poco en la carne…

—Realmente, son los que abren paso a las agujas envenenadas, cuyas puntas coinciden con las de los colmillos. Éstos, cuando se golpean, se retraen también ligeramente y las puntas de metal inoculan el veneno en la sangre. El resto se imagina fácilmente, ¿no es así?

Fay dejó los papeles a un lado.

—Pero, no comprendo… ¿cómo una dama como Dinorah accedía a llevar un bastón tan horrible y, todavía más, a utilizarlo?

—¿Acaso sabemos si actuaba por su propia voluntad?

—Es cierto —convino la muchacha—. No sabemos…

—Por el momento, lo único que sabemos es que Nydya nos ha encerrado con llave —dijo Dayne, a la vez que se acercaba a la puerta de la biblioteca.

La puerta resistió a sus esfuerzos. Dayne empezó a pensar en las ventanas.

Pero, en aquel mismo momento, se abrió la puerta y Dinorah, radiante de belleza, apareció en el umbral.

—¡Queridos amigos! —Exclamó, a la vez que tendía ambas manos hacia los dos jóvenes—. ¿Cómo disculparme que les haya dejado abandonados tanto rato? Pero he tenido obligaciones insoslayables, que me han impedido…

Dayne cortó en seco las explicaciones de la mujer.

—Dinorah, me gustaría hablar contigo. Ahora, sin pérdida de tiempo —solicitó perentoriamente.

Ella le dirigió una cálida mirada.

—¿Ahora? Imposible, Terry. He de cambiarme para la cena. Además, no eres tú el único invitado ni por supuesto, la encantadora señorita Bershing. Simplemente he venido a decirles que Sehitt les enseñará sus habitaciones. Por supuesto, ambos son mis huéspedes —dijo.

—Dinorah, se trata del Ojo de la Suprema Luz…

—Ah, esa joya que un explorador poco escrupuloso se trajo del país de los wyambas. Lo siento, pero no tengo la menor idea de dónde pueda hallarse.

—Dinorah, yo no he mencionado ninguna joya —dijo Dayne, muy serio.

Ella volvió a sonreír.

—Pero lo es, aunque yo no he tenido la fortuna de contemplarla personalmente. —Extendió una mano con gesto lleno de amabilidad —. Por aquí, háganme el favor.

Dayne y la muchacha cruzaron una mirada. Luego, resignados, siguieron a la dueña de la casa.

# CAPITULO XI

Dayne estaba lavándose las manos, en el baño del cuarto que le había sido asignado, cuando oyó pasos rápidos. En mangas de camisa, salió y vio a Fay en la habitación.

—Terry, esto no me gusta nada —dijo ella.

—A mí tampoco, pero no era necesario que viniera aquí para decírmelo…

—Dinorah está loca. O tal vez oculta algo que no quiere que conozcamos.

—En eso estoy completamente de acuerdo, Fay. Pero deje que la sondee y ya verá cómo acabamos por conseguir averiguar la verdad completa.

—¿Cuándo lo hará, Terry?

—Dentro de poco nos avisarán para la cena. Luego tomaremos los licores en el saloncito. A poco, los invitados empezarán a sentirse cansados y nos iremos a dormir.

—Y mañana será diecinueve de mayo —le recordó ella.

—Lo sé. Pero antes de que amanezca, habré hablado con Dinorah —aseguró Dayne.

—Irá a su habitación.

—Justamente. Es lo mejor, ¿no le parece?

Fay titubeó un instante. Luego asintió.

—Si no hay otra solución…

Dayne empezó a ajustarse el nudo de la corbata.

—Espero que no sea necesaria la etiqueta para la cena de esta noche —dijo.

—Yo no tengo traje blanco —se quejó Fay.

—Así está preciosa, no se preocupe. —Después de ponerse la chaqueta. Dayne la cogió por un brazo—. Vamos, no conviene que hagamos esperar a la anfitriona.

Bajaron al salón, más descuidado de lo que cabía esperar: El

servicio era vulgar y Fay observo que los candelabros, así como la cubertería, eran simplemente plateados.

Dos hombres entraron a poco. A uno de ellos, Eardson, lo conocían ya. El otro, grueso, de cara rubicunda y medio calvo, era Rossiter Mac Leod, otro de los miembros de la expedición Forrester.

Mac Leod parecía hallarse disgustado de estar en Droates House. Ni siquiera la llegada de Dinorah, espectacularmente ataviada, le hizo desarrugar el ceño.

La doncella que sirvió la cena fue Nydya, lo cual hacía más extraño todo, en opinión de Dayne. El joven tomó la sopa lleno de aprensión. «A ver si me ha puesto una dosis de arsénico», pensó, al llevarse la primera cucharada a los labios.

Pero la sopa, al menos, tenía un sabor exquisito. La cena transcurrió en medio de una relativa jovialidad. Incluso Mac Leod, animado por el vino, se permitió contar un par de chistes un tanto subidos de color, aunque no groseros.

En el ambiente, sin embargo, flotaba una especie de amenaza invisible. Fay no se sentía tranquila ni mucho menos. En cuanto a Dayne, observaba sin cesar los menores movimientos de Sehitt y de Nydya.

Todo sucedió como él había previsto. Después de la cena, fueron servidos los licores y el café. Hubo un rato de charla y luego, poco a poco, los invitados fueron retirándose a sus habitaciones.

Dayne se quedó el último, fumando pensativamente, en un butacón, junto a la chimenea. En la casa reinaba un silencio absoluto.

De pronto, cuando se iba a levantar, entró Sehitt.

—No deseo nada, Sehitt, muchas gracias —dijo el joven—. Todavía pienso estar un rato aquí…

—Sólo quería hablar con usted un instante. Ha hecho mal en venir a esta casa —dijo el mayordomo, en tono que era todo menos cortés.

Dayne arqueó las cejas.

—Sehitt, ¿qué planes he trastocado yo? —preguntó.

—Si se queda aquí, lo sabrá, pero no lo repetirá a nadie. En cambio, si se marcha, junto con *miss* Bershing, podrá vivir muchos años.

—Diríase que me está amenazando de muerte, Sehitt —dijo el

joven sin inmutarse—. ¿Qué pensaría usted si yo le dijera que tengo un revólver en la mano?

El mayordomo sonrió ligeramente.

—Sáquelo, por favor —indicó.

Dayne había hablado de un modo literal, ya que al ver a Sehitt había metido la mano en el bolsillo de su chaqueta. Sacó el arma, pero, de repente, el brillante acero se convirtió en una ondulante serpiente negra.

El joven se puso en pie de un salto, a la vez que lanzaba el reptil al fuego. Sehitt lanzó una ruidosa carcajada.

—Aconsejo al señor se retire de la chimenea. Las balas explotarán muy pronto y podrían hacerle daño —dijo.

Dayne maldijo entre dientes, a la vez que saltaba a un lado. La ilusión de tener un reptil en la mano, idéntico al que habían enviado a Fay, había sido perfecta.

Se oyeron seis explosiones. Impasible, Sehitt empezó a recoger las brasas que habían saltado fuera del hogar.

—Lo que hace usted es magia negra, Sehitt —dijo Dayne.

—Sólo ha sido una pequeña muestra de mi poder —contestó el mayordomo—. Márchese, márchese antes de que sea demasiado tarde.

—Sehitt, el bastón con figura de serpiente no tiene nada de magia. Nydya huyó cuando le amenacé con pegarle en el cuello.

—Ustedes, los orgullosos blancos, no entienden a mi pueblo. ¿Acaso no se le convirtió una vez el bastón en una serpiente viva?

Dayne recordó la escena y el lugar en que había sucedido.

—Usted es un magnífico hipnotizador —dijo—. Yo estaba frente a un espejo. Tal vez le vi a través del cristal azogado y usted me sugestionó para que creyera que el bastón se transformaba en una serpiente. Y me hizo olvidar su presencia, claro.

Sehitt no contestó. Animado, Dayne prosiguió:

—Tal vez estaba a mi lado y yo, sugestionado, sólo veía la serpiente. Pero la voz de Dinorah rompió el hechizo y ambos se retiraron donde no pudiera verles al recobrar yo el conocimiento. ¿Me equivoco, Sehitt?

—Se lo he dicho ya y no volveré a repetírselo —fue la seca respuesta del mayordomo—. Márchese inmediatamente de la casa.

Furioso, Dayne quiso arrojarse sobre Sehitt, pero retrocedió en el

acto cuando vio que éste agitaba con la mano una serpiente que silbaba amenazadoramente. El horror y el pánico que le inspiraban los reptiles le hicieron detener el ataque apenas iniciado, mientras en la sala se escuchaba una satánica carcajada de burla.

De repente, Dayne se quedó solo.

Sudaba copiosamente. Sacó un pañuelo y se enjugó la frente. ¿Había sido una escena real o había soñado, dormido junto al fuego?

Miró hacia la chimenea. Las serpientes, tal vez, habían sido fruto de la poderosísima imaginación de Sehitt, pero lo cierto era que su revólver, ennegrecido, yacía sobre las brasas, convertido en un trozo de hierro inservible.

* * *

Paso a paso, en medio de un silencio absoluto, avanzo hacia el dormitorio de Dinorah. Hacía ya mucho rato que habían dado las tres de la madrugada en el gran reloj del vestíbulo.

Dayne calculaba que todo el mundo dormía en la casa. Sin hacer el menor ruido, alargó la mano y asió el picaporte.

De repente, sintió en su hombro un débil contacto.

Un helado escalofrío recorrió su espina dorsal. Sintióse tentado de lanzar un grito, pero logró contenerse.

Muy lentamente, empezó a volver la cabeza. Si tenía una serpiente en el hombro, convenía no irritarla, para que no lanzase su mortal mordedura.

Un ligero soplo llegó a su cara:

—No… no grite… Soy yo…

Dayne dejó escapar el aire largamente contenido en sus pulmones. De buena gana hubiera dado una zurra a la muchacha. No obstante, consiguió sonreír, aunque estaba seguro de que lo que sus labios habían hecho era una mueca.

—Al menos, podía haber avisado —dijo en voz baja.

—Lo siento. Estuve aguardando a que saliera de su habitación. Terry, no puedo dormir…

—¿Y quién es capaz de dormir en esta infernal casa? —rezongó él, malhumoradamente.

—Terry, vayámonos antes de que sea demasiado tarde —rogó Fay.

—¿También usted ha hablado con Sehitt?

—No, pero… tengo miedo…

—¿Y se cree que siento yo? Ese Sehitt es un verdadero diablo, se lo aseguro.

—He oído explosiones, que me han asustado mucho. ¿Qué ha sucedido?

—Estuve hablando con Sehitt. Me ordenó que abandonáramos Droates House, pero yo me negué. Entonces, él me amenazó. Le dije que tenía un revólver y se burló de mí, desafiándome a sacarlo. Cuando lo hice, tenía en la mano una serpiente idéntica a la que le enviaron a usted. Respingué y lancé el reptil al fuego… pero resultó que había arrojado el revólver.

Los ojos de la muchacha se dilataron por el horror.

—¿Eso fue lo que ocurrió? —preguntó.

—Sí. Los cartuchos, naturalmente, estallaron… Sehitt es un auténtico brujo, un hombre capaz de sugestionar instantáneamente a las personas y hacerles ver lo que él quiere que vean.

Fay apretó los labios.

—Terry, estoy segura de que Sehitt y Nydya tienen a Dinorah sujeta a su poder —dijo—. Dinorah actúa de ordinario normalmente, como una persona corriente, pero, en realidad, hace todo lo que ellos le mandan.

—¿Por qué, Fay?

—Muy sencillo: es una mujer rica. Además, no tiene parientes a los que pueda molestar lo que hace o el destino que da a su fortuna. ¿Qué más podrían pedir unos embaucadores como esa pareja, a los que supongo padre e hija?

Dayne asintió pensativamente.

—Es una teoría muy digna de ser tenida en cuenta —convino—. Pudiera ser así, en efecto. ¿Entramos?

Fay asintió. Dayne hizo girar el picaporte.

El dormitorio de Dinorah estaba a oscuras. Después de que hubieron cerrado, Dayne se arriesgó a encender la luz.

Entonces vieron a Dinorah, vestida solamente con un liviano camisón y tendida sobre la cama. Tenía los brazos a lo largo de los costados. Sobre su pecho dormía una serpiente de vivos colores.

* * *

Dayne presintió lo que iba a suceder y tapó la boca de la muchacha, para evitar el grito inminente. Sacudió a Fay un momento. Ella le hizo señas de que ya podía soltarla, pues no iba a chillar.

—Está muerta —dijo Fay, apenas pudo hablar.

La serpiente aparecía enroscada sobre el pecho de Dinorah. De repente, desenrolló su cuerpo y se irguió hasta la mitad. Su lengua bífida entró y salió con siniestro silbido.

Súbitamente. Dayne captó un detalle: el pecho de Dinorah subía y bajaba con regularidad.

—No, no está muerta —susurró—, aunque corre un grave peligro. Si ese reptil ataca…

Buscó con la vista algo que le pudiera servir como arma. Apoyado en la pared, estaba el tétrico bastón que usaba Dinorah, pero no se atrevió a utilizarlo; no estaba seguro de que se le transformase en una serpiente.

De pronto, divisó un gran candelabro, de un solo brazo, situado sobre una consola. Con él en la maño, se acercó a la cama.

La serpiente presintió el ataque y se volvió hacia él.

Dayne movió el candelabro en sentido horizontal, trazando un semicírculo que rozó el poco velado seno de Dinorah. El reptil voló por los aires.

Dayne se lanzó sobre la serpiente, que había caído al otro lado de la cama. El animal reptaba hacia él, pero tiró de la alfombra que había junto al lecho y la hizo voltear. Luego dio un par de pasos y empezó a dar taconazos.

Al cabo de unos momentos, pudo limpiarse el zapato derecho con la misma alfombra. Fay se tapaba la boca con una mano, a fin de contener las violentas arcadas que la asaltaban.

—Ya no hay peligro —dijo él.

Y se acercó a la cama.

—Dinorah —llamó suavemente, a la vez que la sacudía por un brazo.

Pero ella no contestó. Segundos después, Dayne llegaba a una conclusión.

—Está narcotizada —adivinó.

—Tenemos que despertarla —exclamó la muchacha—. ¿No se le ocurre ningún medio?

Dayne puso una mano sobre el pecho de Dinorah. El corazón latía regularmente.

—Sólo un fuerte choque, tal vez… —murmuró, dubitativo. Y, de repente, concibió una idea—: ¡El cuarto de baño! ¡Una ducha fría! —exclamó.

—Sí, vamos —dijo Fay, muy animada.

Pero en el mismo momento, se oyeron pasos en el corredor.

—Terry, viene alguien —exclamó—. Hemos de escondemos.

Dayne agarró la mano de la muchacha y tiró de ella. Actuaron con el tiempo justo. Un instante más tarde, Sehitt y Nydya penetraban en el dormitorio.

# CAPITULO XII

—¡Levántate!

La voz de Sehitt no era muy elevada, pero poseía un tono imperativo como jamás habían escuchado Dayne y la muchacha. Dinorah se sentó inmediatamente en el lecho.

—Tú mandas en mí —dijo con acento apagado.

—Es hora de proceder al sacrificio en honor de la Madre K'Wathi

. Los que osaron profanar su santuario, están ya listos —dijo Sehitt.

Dayne se estremeció. ¿Acaso iban a morir Eardson y Mac Leod?

Dinorah se puso en pie. De repente, Nydya paseó la mirada por los alrededores.

—Juraría que alguien ha estado aquí —dijo, suspicaz.

—No hay nadie —contestó Sehitt.

—¿Dónde está la serpiente? —preguntó la joven de color.

Sehitt hizo un ademán despectivo.

—Escondida en algún rincón —dijo—. No te preocupes; luego volveremos y la subiremos a su cesta. Es inofensiva, Nydya.

—Está bien, como quieras, pero yo no me marcho tranquila.

Sehitt hizo chasquear los dedos de la mano derecha.

—Síguenos, Dinorah —ordenó.

La dueña de la casa obedeció como una sonámbula. Tenía los ojos abiertos, pero no veía. Sin pronunciar una sola palabra, siguió a la extraña pareja, hasta que los tres desaparecieron de la estancia en el mayor silencio.

Dayne lanzó un poco audible «¡uf!» de alivio cuando los vio desaparecer. Fay se sentía menos optimista.

—Van a hacer algo horrible —dijo.

—Nosotros lo impediremos —aseguró Dayne.

—Pero Sehitt… con su mente tan poderosa…

—Ya encontraremos el medio de contrarrestar sus diabólicos

poderes. ¡Vamos, Fay!

Hasta entonces, habían permanecido en el cuarto de baño. Salieron, cogidos de la mano, y se dirigieron hacia la puerta.

Entonces, la puerta se abrió súbitamente y surgió Nydya.

Una extraña sonrisa apareció en los labios de la muchacha de color.

—Ya me parecía a mí…

Pero eso fue todo lo que pudo decir. Rápido como una centella, Dayne disparó su puño derecho. Alcanzada de lleno en la mandíbula, Nydya se desplomó como una masa inerte.

Dayne cerró la puerta.

—Rápido, Fay, arranque unos cordones de las cortinas —pidió.

La muchacha obedeció. Minutos más tarde, Nydya, completamente inconsciente, quedaba atada en el suelo.

Dayne abrió la puerta.

—Nuestro problema, ahora, es encontrar el lugar al que han ido Sehitt y Dinorah —dijo.

Pero no se entretuvo en especulaciones. Salió al corredor y descendió las escaleras. Fay le seguía a muy corta distancia, llena de aprensiones.

De pronto, vieron luz en una puerta situada en uno de los muros del vestíbulo.

Una extraña melopea brotó de la puerta. Dayne y la muchacha se acercaron allí y vieron la entrada a un sótano, iluminado por un intenso resplandor rojo.

—Están locos —sonó la voz de Mac Leod—. Suéltennos, sáquennos de aquí inmediatamente…

Otra voz, de tonos amargos, le contestó:

—No pidas favores, Rossiter. Han decidido nuestro sacrificio y lo llevarán a cabo, tal como nos contaron lo hacían tiempo atrás en el país de los wyambas.

—Sí, es cierto —gritó Sehitt—. Habéis ofendido a la Madre K'Wathi, y le habéis arrebatado el Ojo de la Suprema Luz, con la que ella guiaba a sus fieles súbditos. Es un sacrilegio y debéis pagarlo con la vida.

—Oiga, no era más que un pedazo de cristal…

—¡Silencio!

Dayne se sintió tentado de intervenir inmediatamente, pero se dio cuenta de que, aunque hubiese mucho de fantasía en las acciones de Sehitt, algo había en su mente que influenciaba las demás. Lo que convenía era, se dijo, evitar caer en tal influencia.

De pronto, creyó haber hallado la solución.

—Aguarda aquí, Fay —susurró.

La melopea continuaba oyéndose. Fay, estremecida, se dio cuenta de que aquella horrible canción, pronunciada en un lenguaje incomprensible, brotaba de los labios de Dinorah.

Dayne vino con una botella y dos copas.

—Tenemos que beber unos cuantos buenos tragos —dijo—. Lo que vulgarmente se llama «a medios pelos».

—¿Por qué? —Se asombró Fay.

—El alcohol sube muy pronto al cerebro. Si queremos hacer algo, hemos de procurarnos un escudo y no conozco otro mejor… suponiendo que sirva. Pero es la única solución. Vamos, bebe, pronto…

Ahora tuteaba a la muchacha sin darse cuenta. Fay despachó su copa a grandes sorbos. Dayne tomó la suya de un trago. Era un buen *brandy*, pero de elevada graduación.

—Otra —dijo.

—Mi madre —murmuró ella.

Pero bebió disciplinadamente. Dayne juzgó que con dos buenas copas sería más que suficiente.

Iniciaron el descenso. Momentos más tarde, presenciaban la más increíble escena que pudieran soñar jamás en contemplar.

* * *

El sótano era bastante extenso y había en una de sus paredes una estatua de la Madre
K'Wathi
, tal como la habían visto en casa de Hellan. Frente a ella, atados a sendas estacas hincadas en el suelo, estaban Eardson y Mac Leod.

Dinorah, ataviada con el sujetador y las medias de piel de serpiente, danzaba frente a la estatua, en cuya cabeza se veía brillar un enorme rubí. Mac Leod gruñía y rezongaba entre dientes, haciendo continuos esfuerzos para romper unas ligaduras harto sólidas. Eardson permanecía más tranquilo. A Dayne le dio la

sensación de que contemplaba la situación especulativamente, como esperando el momento oportuno para tratar de librarse de la muerte.

El sótano servía también como leñera. En un rincón se veía una gran pila de troncos y un par de hachas de buenas dimensiones. Ajena a todo, Dinorah continuaba su macabra danza.

Dayne pensó en la mejor forma de intervenir. ¿Vería ahora transformarse a Dinorah en un repugnante reptil, como ya había sucedido en cierta ocasión?

Entonces, se dijo, estaba bajo la sugestión de la potente mente de Sehitt. Confiaba en que ahora, el alcohol, serviría de barrera contra los formidables poderes de Sehitt.

La danza de Dinorah aceleró el ritmo.

De repente, Sehitt lanzó un agudo grito.

—¡Ataca! ¡Ataca en nombre de la Madre K'Wathi!

—¡Dios mío! —Gritó Eardson—. ¡Se ha transformado en una serpiente!

Pero Dayne y Fay veían a Dinorah tal como era. Dayne se felicitó por su idea; el hipnotismo de Sehitt no llegaba a sus cerebros.

Dinorah se acercó a Mac Leod, que empezó a chillar de inmediato.

—¡No, no me muerdas!

Sehitt se acercó a Dinorah y le puso en las manos el bastón con figura de serpiente. Wolsey y Showrell, pensó Dayne, habían muerto en plena calle, a causa sin duda de no poder preparar la adecuada escenografía.

Pero ahora no podía permitir que se cometiese un asesinato. De súbito, saltó hacia adelante, salvó en dos zancadas el espacio que la separaba de Dinorah y la arrojó al suelo de un formidable empellón.

Dinorah gritó. Sehitt lanzó un rugido de ira.

—Muérdele. Madre K'Wathi —gritó.

—Es inútil. Sehitt —dijo el joven serenamente—. Esta vez, sus poderes no dominarán mi mente. Soy inmune a su fuerza

magnética.

Sehitt se quedó pasmado al oír aquellas palabras.

—Imposible —gritó—. Yo puedo hacer verle cualquier cosa…

Y movió la mano, como trazando un pase hipnótico, pero Dayne se echó a reír.

—Hay algo tan sencillo como dos buenas copas de *brandy* para resistir su influjo hipnótico —explicó.

—¿Dónde está la serpiente? —tartamudeó Mac Leod.

Eardson parpadeó.

—Dinorah… Ahora la veo de nuevo…

Sehitt lanzó un terrible aullido.

—Dayne, si usted puede resistir a mi mente, en cambio hay otras cosas a las que no podrá hacer frente.

Y se precipitó sobre una de las hachas, que empuñó con ambas manos. Giró en redondo y se abalanzó contra el joven.

Fay chilló, algo acababa de empujarla a un lado.

Dayne esquivó el furioso hachazo. En el mismo instante, se oyó un espantoso alarido.

El joven se volvió, espeluznado por el ruido de huesos rotos que acababa de escuchar. El acero, impulsado por una fuerza descomunal, había seguido su mortífero viaje, hundiéndose profundamente en el cráneo de Nydya.

Chorros de sangre saltaron de la cabeza de la joven de color, hendida hasta el cuello. Al verla caer, Sehitt lanzó un espantoso alarido.

Dinorah continuaba yaciendo en el suelo. Fay se sentía enferma.

Durante unos segundos, Sehitt permaneció inmóvil, como aturdido por lo que acababa de suceder. Dayne comprendió que Nydya, muy fuerte, se había recobrado pronto, librándose de sus ligaduras. El hacha había descargado su golpe en el momento en que iba a atacarle por detrás.

De pronto, reaccionó y golpeó a Sehitt en la mandíbula. El mayordomo se desplomó fulminado.

—Creo que esto soluciona todos los problemas —dijo—. Fay, atiende a Dinorah.

—Sí, Terry.

Dayne se aplicó a soltar a los dos prisioneros.

—Debieron de darnos un narcótico en la cena —supuso Eardson,

al frotarse las manos, una vez libres.

Dayne soltó a Mac Leod a continuación. Dinorah continuaba inconsciente.

—Habrá que reanimarla —dijo Dayne.

—Yo me encargaré de ello —manifestó Eardson—. Esa pobre mujer ha sufrido lo indecible en manos de esos miserables…

De repente. Mac Leod lanzó un agudo chillido.

—¡Miren!

Dayne se volvió Espantado, vio que Sehitt ya no estaba.

Había una enorme serpiente en su lugar, que reptaba hacia la salida. Dayne no sabía si se trataba de una alucinación o de algo que escapaba a su mente.

De súbito, como enloquecido. Mac Leod saltó sobre el reptil y empezó a darle taconazos en la cabeza. Mac Leod gritaba demencialmente, pero, al mismo tiempo, se oyeron unos chillidos horrorosos, unos gritos que parecían brotar de la garganta de una bestia apocalíptica.

La serpiente perdió su forma y se convirtió en un ser humano. Sehitt quedó inmóvil en el suelo, con la cabeza machacada, convertida en una pasta repugnante de huesos, sangre y masa encefálica.

Dayne creyó que iba a vomitar. Agarró a Fay y tiró de ella. Eardson, cargado con el cuerpo de Dinorah, subía ya por las escaleras que conducían al vestíbulo.

De pronto se oyó un ruido extraño.

Alguien reía.

Dayne se volvió. Mac Leod reía estruendosamente, todo su cuerpo sacudido por una risa histérica. Dayne comprendió que el hombre había enloquecido.

Sacudido por la risa, Mac Leod se apoyó en la estatua de la diosa. La figura de serpiente se inclinó y cayó al suelo.

El cristal rojo cayó también y se rompió en mil pedazos, con musical sonido. Mac Leod continuaba riendo, riendo…

* * *

—Está en un manicomio —dijo Dayne pocos días más tarde—. Quizá no recobre nunca la razón. Eso le librará de una acusación por la muerte de Sehitt, aunque un buen abogado le habría librado

sin demasiadas dificultades. Sehitt era un hombre peligroso con un hacha en la mano.

Fay asintió.

—¿Qué hay de Dinorah? —preguntó.

—Se recupera. Eardson está empeñado en hacerla olvidar los horrores de que fue víctima involuntaria. Sehitt y Nydya la tenían bajo su poder y, aparte de que el mayordomo era, auténticamente, un brujo, la coaccionaban para que los ayudase. No eran tan desinteresados como parecía: también ellos buscaban el rubí llamado Ojo de la Suprema Luz.

—Vaya, eso no lo sabía yo. Pero ¿coaccionaban a Dinorah?

—Es negra, Fay.

La muchacha respingó.

—Oye, no me tomes el pelo…

—Una negra albina. Dinorah lo sabía también, pero no quería que su secreto se divulgase. A fin de cuentas, está muy bien considerada en la alta sociedad. Ciertamente, Sehitt y Nydya proceden del país de los wyambas, y conocían la historia del rubí. Por eso convencieron a Dinorah para que financiera la expedición. Pero el rubí desapareció…

—¿Quién lo encontró?

—Mac Leod, y lo escondió en el sótano de Droates House, en cierta ocasión en que estuvo allí. Cuando Sehitt lo averiguó, forzó a Dinorah a comprar la posesión. Mac Leod vendió fácilmente; estaba faltado de dinero.

—Sí, ya entiendo. Pero ¿y las demás muertes?

—A Sehitt y a Nydya no les convenía que se repartiera el dinero del rubí. Simplemente, lo querían para ellos dos. Y, aunque había cierta diferencia de edad entre ambos, eran marido y mujer.

—En resumen, no lo hacían por un motivo que podría calificarse de noble.

—En absoluto, querida.

—Terry, ¿qué me dices de los fabulosos poderes de Sehitt?

Dayne lanzó un hondo suspiro.

—¿Quién es capaz de explicar los ocultos poderes que anidan en la mente de algunos hombres? Sehitt era un hombre excepcional en ese sentido; los dos tuvimos ocasión de comprobarlo. Pero también tenía sus enemigos.

—¿Quiénes?

—Kamatee, por ejemplo, el hombre que si quería devolver el Ojo a su lugar de origen. Por eso murió.

—Ya —murmuró ella, muy pensativa—. El rubí, sin embargo, se fragmentó…

—Se pegarán los pedazos y volverá, recompuesto, al país de los wyambas. Las estatuas que vimos aquí no son sino reproducciones de la original, hechas allí, en África.

—¿Y las serpientes?

—Sehitt las criaba. Unas eran inofensivas… y otras no. Había un pequeño criadero en el ático de la casa de Dinorah. Los… inquilinos han sido trasladados ya al Zoo de Londres.

—De modo que ellos usaban el consultorio de *madame* Trellax para transmitirse los mensajes…

—Había una sorda pugna entre los expedicionarios por la posesión de la joya. Es preciso aclarar que Eardson era partidario de su devolución. Siempre lo fue, pero, a los ojos de Sehitt, era tan culpable como los demás. Como el profesor Forrester, el hombre que tuvo el capricho de criar una pitón en su casa.

—Horrible —dijo Fay—. Creo que toda la vida estaré soñando con serpientes, Terry.

—Si, a menos que tengas un marido y lindos hijos de quienes cuidar —sonrió él.

—¡Pero si estoy soltera! ¡No tengo ningún pretendiente! —exclamó la muchacha.

—Despídete de tu oficio de vidente con una última profecía. Traía de adivinar quién va a pedir tu mano.

Una dulce sonrisa apareció en los labios de la muchacha.

—Adivina tú cuál será la respuesta —dijo.

**FIN**



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.